Gilberto Guevara Niebla. La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano México, 1988, Siglo XXI Editores.

2. LA INSURGENCIA ESTUDIANTIL DE LOS AÑOS SESENTA

La derrota del movimiento ferrocarrilero, en marzo de 1959, determinó un repliegue de conjunto de la clase obrera y creó las condiciones para que en los años siguientes emergiera, con rasgos marcadamente autónomos, la insurgencia estudiantil. Este desplazamiento del centro de gravedad de la lucha de clases confiere su peculiaridad al período. La insurgencia ferrocarrilera fue sofocada por el estado mexicano antes de que adquiriera el carácter de un movimiento unitario de la clase trabajadora; la insurgencia estudiantil, en cambio, se desarrollaría vertiginosamente en una secuela espectacular de combates por todo el país hasta culminar en una lucha política de proporciones nacionales (1968). El objetivo principal del movimiento obrero había sido la emancipación de las organizaciones sindicales del control oficial; el objetivo de la insurgencia estudiantil fue, en general, la democratización política del país.

La revuelta de los estudiantes y, junto a ellos, de otras capas medias de los años sesenta tuvo su causa eficiente en los profundos cambios en las relaciones sociales que trajo consigo la industrialización (dependiente) del país. Estos cambios se expresaron desde luego, en la gestación de una nueva, inédita, condición estudiantil delimitada por tres conjuntos de contradicciones:

a] La crisis de las profesiones que se inagura como un problema creciente de agotamiento del mer-

cado de profesionales, pero que adquiere también la forma de una crisis (interna) de la profesión con las nuevas prácticas colectivas o socializadas del ejercicio profesional que negaban la práctica liberal tradicional.

b] La crisis de la educación y, en particular, de la educación superior (aparato formador de profesionales) que se expresaba como crisis de las relaciones sociales en la escuela. En ese período el universitario comenzó a ser influido por las contradicciones del campo profesional y comenzó a experimentar nuevas presiones internas por efecto del crecimiento de la matrícula.

c] El cambio de valores en la nueva generación, que se puede asociar, en general, a los grandes cambios culturales de la posguerra, pero que en México y en otros países del Tercer Mundo, en virtud de la industrialización dependiente adquieren una forma peculiar. La enorme migración campo-ciudad, que se da en esos años, por ejemplo, produce un abismo entre padres (con valores rurales que viven en un medio urbano) e hijos (que se ven desgarrados por la oposición entre los valores familiares ruralizados y los valores que asimilan en el medio extrafamiliar como la escuela, barrio, etc.). Este choque de valores generacionales se daba en todas las capas de la sociedad.

En relación con la forma política autoritaria que tomó la insurgencia estudiantil, debemos mencionar las condiciones de creciente represión que experimentó la juventud en ese período. Toda forma de expresión de protesta, juvenil, espontánea o política, encontró invariablemente una respuesta estatal represiva. La condena moral de la juventud —los rebeldes sin causa, la juventud pecaminosa, etcétera— se

ció a la persecución policiaca de toda forma de agregación juvenil.

He aquí, resumida e incompleta, una relación de las luchas que configuraron la insurgencia estudiantil de los años sesenta.

En abril de 1960 estalló una huelga en la Universidad Michoacana de San Nicolás que se resolvió triunfalmente con la expedición de una ley orgánica "progresista".[1] Dos meses después se iniciaba en la Escuela Nacional de Maestros una huelga de apoyo de la sección IX del SNTE; la huelga se levantó tres meses más tarde sin que se solucionaran los problemas planteados por los maestros.[2] En julio de ese mismo año una manifestación de estudiantes capitalinos en solidaridad con la Revolución cubana fue atacada violentamente por los granaderos en los momentos en que un líder estudiantil ponía fuego a una bandera norteamericana.[3] En octubre, los estudiantes de la recién creada Universidad de Guerrero se lanzaron a una huelga en contra del gobernador general Raúl Caballero Aburto y lograron movilizar junto a ellos otras capas de la población. El movimiento estudiantil-popular asumió la forma de una auténtica revuelta civil que desembocó en una masacre y en el derrocamiento del gobernador.[4] Un movimiento estudiantil-

[1] Romeo Ortega, *El conflicto, drama de la Universidad Michoacana*, México, s.e. 1968, p. 177. Véase asimismo el libro *Octubre sangriento en Morelia* de Pablo G. Macías, México, Ed. Acasim, 1968.

[2] Aurora Loyo Brambila, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, México, ERA, 1979, p. 104. La huelga estudiantil se secundó con manifestaciones callejeras, una de las cuales fue reprimida a balazos.

[3] *Ibid.*, p. 105.

[4] "Guerrero, crisis de un sistema", en *Política*, núm. 18, 5 de enero de 1961, pp. 8-13. Igualmente Octaviano Sanago D., *El movimiento estudiantil guerrerense*, Cuader-

popular del mismo tipo, aunque con otras características se desarrolló ese mismo año en San Luis Potosí.[5] En abril de 1961 los estudiantes capitalinos se lanzaron a la calle a defender a la Revolución cubana que sufría la agresión imperialista, sin embargo, la policía y los bomberos se lanzaron a dispersar las enormes manifestaciones callejeras que se realizaron.[6] En mayo, estalló en la Universidad de Puebla el movimiento de reforma universitaria que se propuso, desde el inicio, arrancar a la universidad de las manos de las fuerzas reaccionarias y clericales, desaparecer el Frente Universitario Anticomunista (FUA) y consolidar la autonomía universitaria. La declaración de huelga fue seguida de enfrentamientos callejeros, paros del comercio, y "huelgas de impuestos" (promovidos por la iniciativa privada), persecuciones y encarcelamientos de estudiantes liberales, etc. Acontecimientos que conmovieron al país. Finalmente, en agosto intervino el ejército, aunque la tensión y los enfrentamientos continuaron en los meses siguientes.[7] En mayo de 1962 los estudiantes de la Facultad de Derecho de la UNAM declararon una huelga en protesta en contra de los mecanismos "autoritarios" para el nombramiento de directores y lanzaron duros ataques al rector Ignacio Chávez.[8] Los dirigentes de la huelga fueron expulsados. Días antes, masas de estudiantes que habían sido rechazados de la UNAM "por falta de cupo" habían tomado por asalto el edificio

nos de la FEUO, Chilpancingo, Gro., 1981.

[5] En este caso se trataba, sin embargo, de una lucha contra el fraude electoral articulada alrededor de la figura del doctor Nava Martínez.

[6] *Política*, núm. 25, 1 de mayo de 1961, pp. 9-22.

[7] Véanse los números 26, 27, 29, 30, 31 y 32 de la revista *Política*, mayo-agosto de 1961.

[8] *Política*, núm. 51, 1 de junio de 1962, pp. 19-22.

de la Rectoría causando algunos destrozos materiales y habían tratado de "cercar" al rector para forzar una decisión en su favor.[9] Hubo también en ese año demostraciones callejeras de estudiantes en las cuales se demandó la libertad de los presos políticos (Vallejo, Campa, Siqueiros, etcétera) y que fueron reprimidas sin consideración.

En febrero de 1963 estalló en Morelia un movimiento estudiantil de signo derechista contra la administración universitaria del doctor Eli de Gortari y, después de varios enfrentamientos y sucesos violentos que sacudieron a la localidad, el congreso local resolvió abolir la ley orgánica y, por ese conducto, eliminar al rector.[10] El 15 de marzo el ejército disparó contra el estudiantado y murió un estudiante. El 25, se dictó auto de formal prisión contra cuatro maestros y un estudiante que habían defendido al rector.[11] Dos meses más tarde se reunieron en Morelia representantes de más de 100 mil estudiantes de todos los estados del país para realizar la Primera Conferencia Nacional de Estudiantes Democráticos. Las discusiones se centraron en la creación de una organización nacional independiente de estudiantes y sobre el contenido del programa político que habría de orientar las luchas futuras del estudiantado. "Los estudiantes de México —se dice en la Declaración de Morelia— tenemos una gran responsabilidad frente a nuestro pueblo; la lucha por transformar el actual sistema de educación, ajustarlo a las necesidades del país y al mejoramiento del nivel de vida de las masas trabajadores encuentra su camino en la lucha por una

[9] *Política*, núm. 45, 1 de marzo de 1962.
[10] *Política*, núm. 71, 1 de abril de 1963. Véase también Romeo Ortega, *op. cit.*, p. 211.
[11] *Política*, núm. 71, 1 de abril de 1963, p. 12.

reforma educativa sin claudicaciones."[12] De esa reunión surgió la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, el proyecto político estudiantil más ambicioso del período.

En 1964 la agitación estudiantil se extendió en provincia. Hacia noviembre estalló en Puebla un movimiento estudiantil-popular de enormes proporciones y que desembocó en la destitución del gobernador Nava Castillo.[13] Al iniciarse 1965 salió a la luz pública la lucha que desde tiempo atrás venían realizando los estudiantes de medicina, internos y residentes de hospitales. La lucha de los médicos tuvo como banderas iniciales reivindicaciones relativas a salario y condiciones de trabajo, pero más tarde sus objetivos se ampliaron llegándose a cuestionar en conjunto la organización de los servicios de salud del país. Una por una las escuelas de medicina del país se fueron declarando en huelga. En julio y agosto, varias escuelas y facultades de la UNAM (Economía, Ciencias Políticas, Ciencias) se lanzaron a una huelga de solidaridad con sus colegas.[14] Finalmente el gobierno optó por reprimir el movimiento.

Ese mismo año hubo otras intervenciones destacadas de los estudiantes. El 11 de mayo, una manifestación integrada por decenas de miles de estudiantes, intelectuales y obreros recorrió las calles de la capital para protestar por la invasión norteamericana a la República Dominicana; en junio, también en la capital, hubo otra manifestación estudiantil de apoyo

[12] "Declaración de Morelia", hoja impresa, 1963.
[13] Alfonso Vélez Pliego, "La sucesión rectoral, las lecciones de la historia y las tareas actuales", en *Crítica*, núm. 1, octubre-diciembre de 1978, p. 63.
[14] Ricardo Pozas H., "El movimiento médico en México 1964-1965", en *Cuadernos Políticos*, núm. 11, enero-marzo de 1977, p. 57.

al pueblo de Vietnam y de protesta contra el imperialismo norteamericano, pero, en esta ocasión, granaderos y policías secretos la atacaron, resultando lesionado un buen número de personas. Finalmente el 23 de septiembre, un grupo de jóvenes encabezados por un dirigente estudiantil de la huelga de 1956 del IPN, Arturo Gámiz, y un ex dirigente de la Federación de Estudiantes Campesinos y Socialistas de México, Pablo Gómez, asaltaron el cuartel militar de Madera, Chihuahua, y fueron derrotados, muriendo ambos en la acción. Gámiz y Gómez habían abandonado el medio estudiantil para luchar junto a los campesinos y después de múltiples experiencias frustrantes optaron por el recurso de las armas. El asalto al cuartel se realizó simbólicamente el 23 de septiembre, puesto que en ese mismo día, ocho años atrás, el ejército había ocupado el internado del IPN.[16]

En febrero de 1965, estalló en Guerrero un movimiento estudiantil que se oponía a la reelección del rector Virgilio Gómez Moharro. El movimiento fue derrotado después de varios enfrentamientos en los que participaron sectores del pueblo. Sus dirigentes fueron expulsados de la UAG.[16] Otro semejante se dio en Chihuahua.

1966 fue un año clave en el desarrollo de la insurgencia estudiantil. Ese año vuelve a hacer eclosión la lucha de los estudiantes de Guerrero en contra del grupo que controla la universidad y, de nuevo, las fuerzas conservadoras, apoyadas por la policía, por los sectores del clero y del PRI salen victoriosas. La lucha estudiantil aquí, como en el caso anterior de Puebla y Michoacán, se entrelaza con pugnas de otro

[16] *Política*, núm. 131, 1 de octubre de 1965, p. 5.
[16] Octaviano Santiago D., *op. cit.*, p. 25.

orden que dividen a la sociedad civil local.[17] En marzo hubo en la capital una gran manifestación estudiantil —30 000 personas— en apoyo al pueblo de Vietnam. La policía no la atacó. En junio sobrevino un conflicto espectacular en el estado de Durango. Los estudiantes de la Universidad Juárez, máximo centro de estudios de la entidad, ocuparon las instalaciones de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey en el llamado Cerro del Mercado. Los estudiantes reclamaban que la explotación del cerro se hiciera para beneficio del pueblo de Durango y su demanda encontró eco en todas las capas sociales, incluyendo la iniciativa privada. La lucha estudiantil, con enorme apoyo popular, se extendió durante dos meses y, al final, las autoridades pactaron un acuerdo verbal en el que se comprometían a impulsar un plan de desarrollo estatal y estudiar la posibilidad de crear una nueva empresa siderúrgica.[18]

El 26 de abril un grupo de alumnos de la Facultad de Derecho, de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, tomaron por asalto el edificio de la Rectoría y, mediante coacción e insultos obligaron a renunciar al doctor Ignacio Chávez. El conflicto se había originado casi dos meses antes con las protestas contra la reelección del director de Derecho y se extendió ulteriormente a otras escuelas y facultades que levantaron banderas antiautoritarias como la supresión del cuerpo de vigilancia, la eliminación del estatuto de aquellos artículos que permitían la expulsión arbitraria de estu-

[17] De hecho, esta afirmación es válida para todas las grandes luchas estudiantiles que ocurrieron en provincia entre 1960 y 1968.
[18] *Política*, núm. 148, 15 de junio de 1966, pp. 31-32; núm. 150, 15 de julio de 1966, pp. 36, y núm. 151, 1 de agosto de 1966, pp. 35-36.

diantes, la desaparición de la junta de gobierno, etc. Desde luego, esta lucha estudiantil se configuró con una mezcla de intereses: de un lado intereses oportunistas representados por estudiantes de filiación priista que sólo deseaban el derrocamiento de Chávez; por el otro, intereses honestos que encarnaban en otras fuerzas que protestaban contra el régimen autoritario que había impuesto dentro de la UNAM el doctor Chávez y que demandaban una reforma universitaria para superar los graves problemas que afectaban a la institución. Con esta lucha se clausuró el ciclo histórico del oportunismo estudiantil dentro de la UNAM y sería la última ocasión en que la Facultad de Derecho actuaría como dirigente de huelgas universitarias.[19]

En septiembre, los estudiantes de la Universidad Autónoma de Sinaloa se lanzaron a una huelga general exigiendo la destitución del rector Julio Ibarra Urrea y algunas reformas democráticas de su ley orgánica. La lucha concluyó un mes más tarde con la renuncia del rector.[20] En octubre, una protesta de los estudiantes michoacanos contra el alza de tarifas en el transporte urbano desembocó en tragedia cuando la policía disparó contra la comisión negociadora nombrada por los estudiantes y cayó asesinado el alumno Everardo Rodríguez Orbe. De inmediato, se decretó una huelga en la universidad y la protesta

[19] El conflicto de 1966 de la UNAM puede verse en *Política*, núms. 142, 143 y 144. Otras versiones se encuentran en Gerardo Estrada, *El conflicto estudiantil de 1966*, tesis, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, y Ernesto Flores Zavala, *El estudiante inquieto*, México, s.e., 1972.

[20] Fausto Burgueño, "El movimiento estudiantil en provincia", en *Los estudiantes, la educación y la política*, México, Nuestro Tiempo, 1971 y Liberato Terán, "Cien años de la universidad y los estudiantes de Sinaloa", en *Cuatro ensayos de interpretación del movimiento estudiantil*, México, UAS, 1979.

estudiantil encontró eco en todos los sectores sociales, pero pronto se desataría una campaña oficial de desinformación y calumnias contra la universidad michoacana cuyo rector y consejo universitario se habían solidarizado con la demanda estudiantil de que se hiciera justicia en torno al asesinato. El 8 de octubre la tropa cargó contra un mitin estudiantil y luego ocupó los locales de la universidad aprehendiendo a muchos estudiantes y maestros. Así se inauguró en México esta técnica —el asalto militar a las universidades— de vieja tradición en los sistemas dictatoriales sudamericanos. Algunos dirigentes estudiantiles quedaron en prisión durante varios años.[21]

En 1967 volvería a intervenir el ejército en una universidad, en ese caso, la Universidad de Sonora. En febrero, como resultado indirecto de los enfrentamientos callejeros que suscitó en Sonora la sucesión en la gubernatura, la policía intervino en el campus y la Federación de Estudiantes demandó la destitución del jefe de la policía. El gobernador, Luis Encinas, complació a los estudiantes y ordenó la destitución. Sin embargo, el estudiantado continuó descontento y masivamente se involucró en la lucha política oponiéndose a la imposición de candidato que pretendía hacer el PRI y apoyando a un candidato popular. La policía reprimió duramente las demostraciones estudiantiles y hubo actos de violencia durante algunos días. El 29 de marzo se declaró en la universidad la huelga general y la FEUS levantó la demanda de "desaparición de poderes en el estado". La huelga fue apoyada por una gran parte del profesorado. Los dirigentes estudiantiles se entrevistaron con el presidente Díaz Ordaz y éste, sin circunloquios, los reprendió duramente por su actividad "disolvente". La huelga se prolonga pe-

[21] Cf. Pablo G. Macías, *op. cit.*

nosamente durante todo abril y, finalmente, después de nuevos estallidos de violencia en los que intervinieron sectores populares, el ejército intervino y ocupó la Universidad de Sonora aplastando de esta forma el descontento.[22]

Entre mayo y julio de ese año tuvo lugar el único movimiento de carácter *nacional* que ocurrió en el período previo a 1968: la huelga nacional de apoyo a los estudiantes de la escuela superior de agricultura Hermanos Escobar de Ciudad Juárez, Chihuahua, que protestaban contra el régimen de abusos impuesto por los propietarios de esa institución privada y pedían la "federalización" de la escuela. Este conflicto local suscitó, inopinadamente, uno de los más impresionantes movimientos de solidaridad estudiantil pues, del 8 de mayo al 15 de julio, la huelga nacional alcanzó a incorporar a 70 000 estudiantes de todo el país, incluyendo a los alumnos del Instituto Politécnico Nacional en donde, después de 11 años de paz interior, se declaró una huelga general. Junto al IPN participaron: la Escuela Nacional de Agricultura (Chapingo), las escuelas de agricultura de todo el país, las normales rurales, la Normal Superior, etc. La lucha se organizó a través de un Consejo Nacional de Huelga y Solidaridad que sería el antecedente inmediato del CNH de 1968. El vigor del movimiento impidió que interviniera el ejército, con lo cual ya había amenazado la autoridad. Finalmente, después de múltiples querellas burocráticas, las autoridades cedieron a la petición estudiantil y resolvieron crear una nueva escuela de agricultura adscrita a la Universidad de Chihuahua. Este triunfo clausuró una larga historia de derrotas estudiantiles y preparó el terreno para el estallido nacional de 1968.[23]

[22] Armando Moreno, *El movimiento estudiantil de 1967 en Sonora* (inédito).

La insurgencia estudiantil de los años sesenta tuvo una serie de características que la separaron formalmente del movimiento estudiantil anterior y la identifican como un ciclo específico en la historia del movimiento estudiantil mexicano. Enumerémoslas:

1. El carácter de masas de las luchas estudiantiles.
2. El carácter político independiente de la dirección estudiantil (en relación a las fuerzas oficiales).
3. La ruptura con las organizaciones históricas del estudiantado.
4. La unidad estudiantil; la superación de la vieja escisión entre la tradición liberal y la popular, y
5. El carácter político-democrático de las luchas: en unos casos se orientaron a la democratización interna de las universidades, pero en la mayoría de ellos, las luchas estudiantiles involucraron un principio de crítica —a veces implícito— contra el orden político antidemocrático y autoritario que privaba en la sociedad mexicana.
6. Finalmente, en las luchas locales más fuertes —Michoacán, 1963 y 1966; Puebla, 1961-1964; Guerrero, 1960; Sonora, 1967— el movimiento estudiantil se vinculó a sectores populares.
7. La ausencia de organizaciones permanentes.

En el ciclo de luchas de los años sesenta se procesó, por así decirlo, una metamorfosis de las viejas tradiciones de lucha estudiantil. La Revolución cubana (que había triunfado en enero de 1959), la insurgencia obrera de 1956-1959, particularmente el movimiento ferrocarrilero, la crítica al estalinismo que se

[23] *Balance general de actividades del Consejo General de Huelga del IPN*, agosto de 1967, mimeografiado.

inició en 1956 en la URSS y adquirió fuerza en México a partir de 1960 (XIII Congreso del Partido Comunista Mexicano), el conflicto chino-soviético que se hizo público desde 1959, las luchas guerrilleras que se desencadenaron por toda Latinoamérica después del triunfo de la Revolución cubana, todos estos acontecimientos influyeron decisivamente en la gestación de fuerzas estudiantiles socialistas de nuevo corte en los medios universitarios, fuerzas que alcanzaron una presencia preponderante en las luchas del período y que contribuyeron decisivamente para combatir y sepultar las formas corporativas de organización estudiantil. Las fuerzas estudiantiles socialistas, sin embargo, distaban mucho de constituir un todo homogéneo y coherente. De hecho, se forjaron dos grandes corrientes políticas.

La primera corriente, de orientación democrática, se expresó en el proyecto de construir una organización nacional de estudiantes, proyecto que se intentó materializar desde 1963 con la creación de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED). Los propugnadores de este proyecto (entre ellos los alumnos de las normales rurales) fueron los herederos directos de la vieja tradición estudiantil-popular y, por lo mismo, reincidieron en postular un programa con fuerte acento en reivindicaciones materiales y adoptaron tácticas un tanto burocráticas y defensivas. Esto no fue óbice para que la CNED se convirtiera en la organización propulsora y dirigente de la mayor parte de las luchas de masas locales que estallaron en el período (Puebla, Michoacán, Guerrero).

Por otro lado, hubo sobre todo en la UNAM, una segunda corriente estudiantil socialista representada por numerosas organizaciones políticas estudiantiles cuyo

no democrático y un énfasis declaratorio de sus diferencias con el PCM, al cual reiteradamente acusaban de "revisionista", "estalinista", "traidor", etc. El discurso de estas agrupaciones era un discurso doctrinario, de autoconsumo, cuyo sentido era cohesionar a los estudiantes "revolucionarios", despertar a la clase obrera y conducirla a la lucha directa contra el capitalismo. Como consecuencia lógica, esta segunda corriente se expresó sobre todo bajo la forma de organizaciones estudiantiles grupusculares, alejadas con frecuencia de las ideas y problemas que agobiaban a las grandes masas estudiantiles. No obstante esto, la corriente "radical" —para llamarla de algún modo— contribuyó en forma muy importante —sobre todo después de 1966— a introducir dentro de la Universidad Nacional, la problemática de los derechos políticos a nivel de toda la sociedad. Existieron, desde luego, agrupaciones estudiantiles en ese período que por sus características no podrían ser incluidas en ninguna de estas corrientes.[24]

[24] La corriente democrática degeneró, bajo la influencia del PCM, en burocratismo: CNED no sobrevivió a 1968. La segunda no alcanzó sino un desarrollo limitado: en 1968 se creó la Unión Nacional de Estudiantes Revolucionarios (UNER) que desapareció inmediatamente. De hecho, la corriente radical se desarrollaría y triunfaría sobre la corriente democrática en el contexto de reflujo pos-68 y contribuiría decisivamente al colapso definitivo del movimiento estudiantil.

3. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

El año 1968 se inició con una apretada cadena de luchas estudiantiles por todos los rumbos del país. En enero, se suscitó en la UNAM un grave conflicto en el que chocaron las fuerzas socialistas y liberales contra el fascista Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO). Hubo múltiples asambleas y enfrentamientos de los cuales salieron derrotados los fascistas.[1] En febrero, el ejército irrumpió la "Marcha por la Ruta de la Libertad" convocada por la Central Nacional de Estudiantes Democráticos y en la que participaban estudiantes de distintas partes del país.[2] Más tarde, estallaron conflictos en Tabasco, Puebla, Nuevo León y otros estados. Al iniciarse julio, en Puebla, un enfrentamiento a balazos entre grupos estudiantiles antagónicos produjo como resultado la muerte de tres estudiantes.[3] Tres semanas más tarde se iniciaría el gran conflicto en la capital.

Como en el caso de Francia, el detonador de la explosión del descontento estudiantil fueron una serie de incidentes aparentemente triviales unidos por una lógica inexorable. Un pleito callejero entre estudiantes, una intervención desmesurada de la policía, manifestaciones de protesta, reencrudecimiento de la represión, etc., crearon en la capital del país una con-

[1] Javier Barros Sierra, *1968, conversaciones con Gastón García Cantú*, México, Siglo XXI, 1972, p. 119.

[2] Liberato Terán, *op. cit.*, p. 33.

[3] *Excélsior*, 5 de julio de 1968.

vulsión mayúscula.[4] El ejército intervino y allanó los recintos escolares, violó la autonomía universitaria, con lo cual se imprimió a la protesta una dinámica prácticamente incontenible. Las huelgas se generalizan en los centros de educación superior de la capital y el movimiento se proyectó rápidamente hacia las universidades y tecnológicos de la provincia. En diez días, más de 100 mil estudiantes se incorporaron a la lucha. Después de una semana de violencia callejera rodeada de gran confusión, las masas estudiantiles de la capital, encabezadas por el propio rector de la Universidad Nacional, se lanzaron a la calle y conquistaron la simpatía de la población (1 de agosto). La represión se suspendió. Se inauguró aquí una pausa extraordinaria de tres semanas en las cuales el estudiantado mexicano, organizado alrededor del Consejo Nacional de Huelga (CNH), extendió su influencia por todo el país y buscó deliberadamente atraer a su favor a las fuerzas de la sociedad civil.

Las demandas de los estudiantes al gobierno de la República eran seis: 1] libertad a los presos políticos; 2] destitución de los jefes de la policía; 3] extinción del cuerpo de granaderos; 4] eliminación del delito de disolución social; 5] indemnización a las víctimas de la represión; 6] deslinde de responsabilidades respecto a los excesos represivos. Formalmente, demandas elementales de sentido democrático, sin embargo,

[4] Los acontecimientos políticos de julio-diciembre de 1968 han sido descritos en varios textos: Ramón Ramírez G., *El movimiento estudiantil de México, julio-diciembre de 1968* (2 tomos), México, ERA, 1969; Sergio Sermeño, *México: una democracia utópica,* México, Siglo XXI, 1978, y Gilberto Guevara N., "Antecedentes y desarrollo del movimiento estudiantil de 1968", en *Cuadernos Políticos,* núm. 17, julio-septiembre de 1978.

en el movimiento estudiantil se ponían en juego muchas cosas más.

La lucha estudiantil tenía como eje orgánico al Consejo Nacional de Huelga, suerte de asamblea en la que participaban representantes directos de cada una de las escuelas y facultades que habían declarado la huelga. Las organizaciones de carácter federado, como la CNED, se excluyeron de la dirección del movimiento. Cada escuela o centro de estudios contaba con un "comité de lucha" que se encargaba de la dirección y organización en el nivel local. Por otra parte, la acción callejera de los estudiantes se realizó a través de "brigadas", equipos de 5 a 10 personas que se desplazaban con gran agilidad.

Las brigadas de estudiantes invadieron la ciudad de México sobre todo después de que se cumplió el plazo de 72 horas lanzado por el CNH el 5 de agosto. En este emplazamiento se había señalado que en caso de que las autoridades no satisficieran el pliego de demandas los estudiantes presionarían para ampliar el conflicto convirtiéndolo en una huelga nacional de centros de educación superior. La renuencia del gobierno impulsó a los estudiantes a realizar un doble y renovado esfuerzo para extender la huelga estudiantil por todo el país y para atraer a nuevos sectores sociales (empleados y obreros, principalmente) al combate que estaban desarrollando.

Poco a poco los grupos civiles prestaron su apoyo a los estudiantes. Núcleos de profesores, intelectuales, artistas, empleados públicos, profesionales, eclesiásticos, obreros, campesinos y hasta empresarios apoyaron directa o indirectamente la protesta estudiantil y reclamaron solución al conflicto. Las simpatías populares por el movimiento tendían a incrementarse y grupos de trabajadores, estimulados por el ejemplo

que estaban recibiendo, empezaron a organizarse y a luchar por sus propias demandas. Comenzaron a aparecer "comités de lucha" en oficinas públicas y se multiplicaron pequeños conflictos laborales.

El 5, 13 y 27 de agosto se realizaron gigantescas manifestaciones de protesta que conmovieron al país, no obstante los esfuerzos oficiales por crear un muro de silencio en torno al conflicto. El apogeo de la movilización estudiantil de 1968 lo representó la manifestación del 27 de agosto que reunió aproximadamente a 500 mil personas. En otras palabras, en muy poco tiempo se generó una *crisis política* que no tenía precedente en la historia del régimen de la Revolución mexicana.

El gobierno que presidía Gustavo Díaz Ordaz se mostró progresivamente impotente para enfrentar con éxito el desafío estudiantil y su intervención cristalizó en una cadena humillante de fracasos. Desde luego, se negó a ceder ante las presiones estudiantiles a las que calificaba de "ilegítimas". Una respuesta positiva del gobierno hacia los estudiantes hubiera significado la ruptura con una larga tradición de vida política sustentada en el principio de autoridad y sentar un precedente funesto de movilización y lucha que, indudablemente, tendría eco ulterior entre las masas trabajadoras. Además, en todo caso la respuesta oficial hubiera tenido que darse bajo la condición del "diálogo público", principio que establecieron los estudiantes para cualquier negociación en torno al conflicto. En estas circunstancias el movimiento estudiantil puso a los gobernantes entre la espada y la pared dado que éstos no podían ceder sin poner en juego el destino del sistema político autoritario que se proclamaba como "herencia" de la Revolución mexicana.

Resultaron infructuosos, primero, los esfuerzos de

las autoridades para rendir a los disidentes mediante la intimidación, el soborno y otras maniobras del mismo género y, más tarde, fallaron al tratar de vencer a los estudiantes en la carrera política. El 28 de agosto sufrieron su más grave revés político: ese día los gobernantes intentaron contrarrestar a los estudiantes realizando una concentración en contra de la subversión estudiantil y, para lograrlo, echaron mano a todos sus recursos de convocatoria, incluyendo la consabida coacción sobre los trabajadores del sector público y de los sindicatos oficiales. La concentración se realizó pero, inopinadamente, las masas reunidas se declararon simpatizantes del estudiantado y abuchearon a los dirigentes oficialistas que pretendían dirigirlos. Enfurecido, el gobierno resolvió en ese momento lanzar a la tropa contra sus pretendidos simpatizantes y el acto (que fue conocido como el "mitin del desagravio") desembocó en una sangrienta balacera.

Este fracaso vergonzoso influyó decisivamente para que el gobierno de Díaz Ordaz se resolviera a liquidar mediante la violencia al movimiento estudiantil. El mismo 28 de agosto se inició una escalada represiva que incluyó progresivamente actos de terrorismo, asesinatos, secuestros, ocupación militar de recintos escolares y, finalmente, la masacre. Desde la tribuna suprema del Congreso, el presidente lanzó el primero de septiembre una filípica violenta contra lo que llamó la "algarada" estudiantil y amenazó con llevar las medidas de fuerza hasta su último extremo si la agitación continuaba. Un clima de terror y confusión se impuso en el país, en vísperas de los XIX Juegos Olímpicos. Los estudiantes, sin embargo, tuvieron otra oportunidad de demostrar la enorme fuerza que habían logrado al realizar la llamada "manifestación silenciosa" del día 13 de septiembre que simbolizó una humillación para las autoridades.

Esta nueva derrota moral del gobierno aceleró la escalada represiva. Las medidas de fuerza fueron acompañadas por campañas intimidatorias y rumores y demostraciones de fuerza que fueron creando una gran confusión alrededor de los acontecimientos. A esto siguieron las provocaciones: actos de delincuencia atribuidos a estudiantes, balaceras "preparadas", etc., todo ello fue paulatinamente derrumbando la imagen pacífica, legal y unitaria que proyectaba el movimiento y fue preparando el terreno para un golpe definitivo. Pero aun en medio de estas condiciones adversas, el movimiento estudiantil tuvo oportunidad de demostrar su enorme vigor. Con las escuelas ocupadas militarmente y actuando en la semiclandestinidad los estudiantes mostraban la vitalidad de su movimiento a través de "pintas" que cubrieron prácticamente a toda la urbe y lanzando iniciativas políticas —como la defensa del rector Barros Sierra frente a las presiones presidenciales para que renunciara— que implicaron nuevos reveses para el gobierno. La situación, no obstante, devenía aceleradamente adversa para el estudiantado.

El golpe decisivo contra el movimiento estudiantil de 1968 tuvo lugar en un escenario que había sido parcialmente oscurecido por la provocación gubernamental. Un mitin en Tlatelolco al que asistían estudiantes, empleados, obreros y amas de casa y en el que se encontraba presente una buena parte de los miembros del CNH fue objeto de una emboscada sangrienta en la que participó el ejército, los granaderos y miembros de casi todas las corporaciones policiacas mexicanas. Esta inmolación, que dejó centenares de víctimas, fue acompañada por una tremenda campa-

ña de prensa dirigida a detractar la imagen de los estudiantes: se habló de "guerrilleros", de conspiración dirigida por "políticos resentidos", de corrupción entre las filas estudiantiles, etc. En otras palabras, la masacre fue cubierta por una infamante nube de calumnias contra el estudiantado.

Con la inmolación del 2 de octubre, el movimiento estudiantil entró en una lenta pero irreversible agonía. Más de 300 estudiantes —muchos miembros del CNH— fueron sometidos a juicios ignominiosos y encarcelados padeciendo prisión por varios años. Por su parte, los dirigentes estudiantiles que quedaron en libertad se vieron sometidos a presiones extremas y terminaron por dividirse. Las masas reaccionaron con enorme temor ante la masacre y se fueron alejando de la actividad política. El desaliento, la confusión, el miedo, la incertidumbre terminaron por apoderarse de los ámbitos escolares, y fue en esta atmósfera que se resolvió levantar el estado de huelga y desaparecer el CNH, acto este último que simbolizó el fin del movimiento estudiantil de 1968. Esto tuvo lugar el 4 de diciembre; el conflicto había durado 136 días.

4. LA HERENCIA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

Cfr tesis de G. Estrada.

Algunas consideraciones conclusivas sobre este movimiento estudiantil de tan vastas repercusiones podrían ser las siguientes:

1. El movimiento de 1968 representó un punto culminante del proceso de insurgencia estudiantil que se desarrolló desde 1960; al mismo tiempo, por su incidencia en la vida política nacional, la del 68 ha sido la lucha estudiantil moderna de más amplia trascendencia.

2. Sin embargo, el movimiento de 1968 representa un fenómeno social *sui generis* que rompió con lo que tradicionalmente se entendía por "movimiento estudiantil". Se trata, en realidad, de un conflicto social en el cual, siendo el estudiantado el agente principal, convergen y coagulan procesos sociales de muy diverso orden que habían venido gestándose a lo largo de la época precedente. En 1968 se condensan contradicciones múltiples que se desarrollaron en el seno del sistema social mexicano, de ahí que el efecto sobre la subjetividad que tuvo el movimiento haya trascendido mucho los límites de lo que se entendía convencionalmente por movimiento estudiantil.

3. La lucha estudiantil del 68 fue una lucha *espontánea*, entendiendo por esto que el movimiento se desarrolló al margen de organizaciones estudiantiles de carácter permanente y al margen de una dirección política "partidaria".[1]

[1] Los partidos políticos registrados (PAN, PRI, PPS, PARM) tuvieron influencia nula (o mínima, en el caso del PRI) en

4. El movimiento de 1968 fue un movimiento estudiantil de masas, *unitario*, *independiente* de las fuerzas oficiales, y *político* si atendemos a la naturaleza de las demandas. Fue, además, un movimiento democrático, no sólo en relación con su organización interna, sino también en relación con el significado político más amplio de sus reivindicaciones.

5. En un sentido vasto, la situación política e histórica que crea el movimiento estudiantil de 1968 puede ser vista en la perspectiva de una *crisis de autoridad*, en el sentido de Gramsci, en el cual sectores importantes de la sociedad civil se polarizan frente a la sociedad política. Esta crisis supuso la desagregación de la intelectualidad universitaria (encabezada por la nueva generación) del bloque de fuerzas articulado alrededor de la burocracia política. En otras palabras, 1968 fue expresión de un momento de *ruptura* del pacto social.

6. Otro aspecto característico del movimiento de 1968 fue el *aislamiento* en el que se desenvolvió la acción del estudiantado y el fracaso que éste experimentó al tratar de incorporar al combate a la clase obrera[2] u otros grupos sociales.

el seno del movimiento. Las mismas organizaciones políticas de izquierda (PCM, Liga Espartaco, troskistas, etc.) fueron rebasados por la fuerza y amplitud de la protesta estudiantil. De hecho, no hubo "partido dirigente o mayoritario", sin embargo, en el CNH dominó una alianza de socialistas democráticos encabezada por Raúl Álvarez Garín, de la Escuela Superior de Física y Matemáticas, IPN. Por otra parte, las estructuras orgánicas del movimiento (el CNH, los comités de lucha) eran estructuras con carácter —se sobrentendía— efímero, construidas en la perspectiva circunstancial, específica, de la lucha que se estaba realizando (como luego se verá, tales estructuras se harían más tarde estereotipos). El movimiento rechazó a las organizaciones "federadas y permanentes" como la CNED o la FNET.

[2] La abstención de la clase obrera se explica tal vez por

7. Otro rasgo fue su carácter de movimiento *nacional*. Este carácter se desprende no sólo del positivo efecto público que tuvo la acción estudiantil sobre el conjunto de la nación (entendida pragmáticamente como reunión de clases y regiones territoriales), sino también porque en la lucha participaron en diverso grado estudiantes de centros educativos de todo el país.[3]

8. El movimiento estudiantil tuvo una influencia fundamental en la *cultura política* de México: cuestionó gran parte de la mitología que daba fundamento al régimen político de la Revolución mexicana revelando el anquilosamiento de éste y su creciente orientación conservadora. El movimiento introdujo en la vida política mexicana la idea (o le confirió

este conjunto de factores: a] la derrota del movimiento obrero de 1959; b] las condiciones de relativa estabilidad y mejoría del poder adquisitivo de los trabajadores que vivía el país entonces; c] la eficacia del liderazgo sindical tradicional en sus funciones de control; d] la política equívoca que siguieron los estudiantes ante los obreros (rechazo en paquete de todas las organizaciones obreras, acusándolas de "charras", pretensión de reconstruir sobre la marcha al conjunto del movimiento obrero, renuencia a cualquier negociación con las direcciones sindicales, paternalismo, lenguaje doctrinario, etc.). El apoyo político más importante de otros grupos sociales que recibieron los estudiantes provino de los sectores medios (grupos profesionales, intelectuales, empleados públicos, pequeños comerciantes, etc.) que tenían muy bajo nivel de organización y limitadas capacidades de acción.

[3] Sin embargo, los actores principales del movimiento fueron los estudiantes capitalinos y la intervención de los estudiantes de provincia tuvo diversa intensidad, según el estado: fue muy fuerte en Puebla, Veracruz, Oaxaca, Chihuahua, Tabasco, Sinaloa, pero en otros, como Jalisco, Yucatán, Chiapas, fue muy débil. Los sucesos de 1968 sacudieron, empero, la conciencia del estudiantado nacional y abrieron un cauce de rebeldía que sería secundado, tarde o temprano, por todos los estudiantes.

nueva significación) de una *democracia moderna* plural, con una intervención activa de las masas en la gestión del estado; al mismo tiempo, los estudiantes reivindicaron y dieron nueva actualidad al tema inveterado de las *libertades políticas*. El movimiento estudiantil de 1968 cuestionó la absurda concentración de poder en la figura presidencial (el presidencialismo); criticó y ayudó a desmitificar la imagen del partido revolucionario institucional (PRI); desnudó al poder legislativo como una institución desnaturalizada y esclavizada a los dictados del ejecutivo; puso en evidencia el aspecto despótico y antidemocrático de un sistema político en donde las relaciones entre gobernantes y gobernados se hallaban mediadas por el principio de autoridad; reveló el contenido mistificador de consignas oficiales como la unidad nacional, la estabilidad, el progreso, etc. Con el solo hecho de la conquista de la calle o con la mera circunstancia de haber logrado cristalizar como un gran movimiento de masas, el movimiento de 1968 contribuyó a derribar el mito de la invulnerabilidad del poder y abrió cauces a nuevas formas políticas de oposición.

9. Una paradoja histórica, sin embargo, es que el movimiento estudiantil de 1968 representa la expresión suprema o culminación de la insurgencia estudiantil de los años sesenta y, al mismo tiempo, constituye un fenómeno social que *niega* al movimiento estudiantil en cuanto tal. Por su programa de reivindicaciones, un programa de reivindicaciones políticas de validez general que excluye reivindicaciones "propias" del sector estudiantil; por su rechazo a las organizaciones estudiantiles permanentes; por su tendencia a abandonar el espacio escolar como espacio fundamental de lucha, puede decirse que el movimiento estudiantil tendió a diluir su identidad, a fusionarse en el movimiento general de la sociedad, a negarse como fuerza social autónoma. En otras palabras, esta forma *política* (no corporativa) que adquirió el movimiento de 1968, aunada a las condiciones que creó la derrota del mismo, explican en buena parte un corolario histórico fundamental: *la crisis existencial* que experimentó en la etapa posterior.

10. El movimiento estudiantil de 1968 criticó sólo de soslayo a la iniciativa privada y al imperialismo y se abstuvo de cuestionar a la cultura formal, al sistema educativo y a la universidad. Fue un movimiento fundamentalmente *antiautoritario* y las omisiones que señalamos parecen revelar la naturaleza primaria de sus reivindicaciones políticas. Las masas estudiantiles del 68 no eran masas con un alto nivel político (lejos estaban de poseer una conciencia socialista) y su rebeldía espontáneamente tendió a reducirse al cuestionamiento del estado de la Revolución mexicana y a los gobernantes en turno. A diferencia de movimientos como el francés, el mexicano ignoró la relevancia que tienen instituciones como la escuela (la universidad) en la reproducción del poder. Asimismo, el movimiento pasó por alto el papel del imperialismo y las relaciones de dependencia y sólo se refirió lateralmente al capital privado, es decir, a la burguesía propiamente dicha. En otras palabras, la crítica política del movimiento estudiantil fue liberal, antiautoritaria, y tendió a poner en el centro la relación vertical de jerarquía que adquirió en diversos momentos matices claramente anarquistas y que formaría parte sustantiva de la herencia política del 68.

11. Otro aspecto es el *vanguardismo estudiantil*. En 1968 el estudiantado se revela como sujeto autónomo de la historia y su aislamiento político acentúa

en él tendencias dirigentistas o vanguardistas, los estudiantes se asumían como representantes legítimos de la sociedad en su conjunto, proclamándose tácitamente vanguardia del pueblo. La consigna estudiantil de "únete pueblo" nunca estuvo exenta, por cierto, de connotaciones paternalistas y vanguardistas.

12. Un elemento decisivo en relación con las repercusiones históricas del movimiento estudiantil de 1968 fue su propia *derrota* y aunque ésta se consumó por la vía de la represión no por ello adquiere otro significado pues, de hecho, la violencia organizada no es sino una forma peculiar de la política.[4] La de-

[4] Después de Tlatelolco hubo quienes atribuyeron a la represión un sentido exclusivamente *negativo* afirmando que sus efectos sólo repercutían aislando al represor y haciendo conscientes a las masas crecientes de la población. Al usar la represión el estado perdía consenso y, en cambio, las fuerzas disidentes lo ganaban. Cuanta más represión hubiera, más se acercaba la hora del cambio revolucionario. Ergo, en Tlatelolco quien triunfó fueron los estudiantes y no el estado como las apariencias informaban. No había pues tal derrota, sino una victoria.

Esta doctrina absurda y suicida apareció en el pos-68 y la enarbolaron con frecuencia militantes y simpatizantes del terrorismo y la lucha armada. Su tesis, desde luego, nada tiene que ver con la experiencia histórica: la represión *destruye* orgánicamente a los movimientos políticos de masas y plantea el combate en un terreno desfavorable para ellos. La violencia y el terror introducen confusión, temor, inseguridad y desesperación entre las masas, al mismo tiempo que inducen o favorecen respuestas irracionales, pasionales, que casi siempre encierran una sustitución del principio político por un principio moral. Desde el momento en que esto último ocurre, el movimiento contestatario pierde su capacidad para agregar voluntades e inicia su decadencia.

La violencia organizada del estado no es sino una continuación de la política, por otros medios. Y, aunque, ciertamente, todo acto represivo envuelve efectos relativos y ambivalentes y su significado depende del contexto histórico específico en el cual tiene lugar, no cabe duda que en las sociedades modernas y en el cuadro de los sistemas actuales de información, la represión puede ser utilizada por el estado en forma amplia y brutal (como en Tlatelolco) sin poner realmente en peligro su sistema hegemónico.

Las consecuencias funestas (positivas) de la represión de 1968 se han revelado con claridad en la perspectiva del tiempo transcurrido; se advierten, entre otras cosas, en el colapso del movimiento y en la desaparición del estudiantado de la escena política nacional.

rrota le dio forma específica al corolario del movimiento: a] se destruyó la voluntad colectiva (fuerza unitaria) que existió entre el estudiantado antes del 2 de octubre; b] dejó de existir el espíritu de combate que alentaba al movimiento y amplios sectores fueron presa del desaliento y el temor; c] la derrota favoreció la separación entre masas y dirigentes induciendo diversas formas de elitismo y vanguardismo; d] la derrota contribuyó decisivamente a *despolitizar y desmoralizar* al movimiento estudiantil haciendo de la política un acto de fe, sustentado en la mera voluntad; e] la derrota pospuso indefinidamente la realización de un balance objetivo y lúcido sobre los hechos del 68; f] la derrota influyó para que la experiencia política adquirida entre julio y diciembre permaneciera estereotipada como pauta invariable de la acción de los estudiantes; g] la derrota contribuyó, finalmente, a la "radicalización" del movimiento estudiantil, radicalización que se expresó a través del activismo, el abandono del programa democrático que levantaron las masas en 1968, la puesta en práctica de una estrategia *ofensiva* de choque (cuando las condiciones habían devenido desfavorables), el abandono definitivo que hicieron las vanguardias estudiantiles de la posición propiamente "estudiantil" y la adopción de un discurso político.

5. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN EL REFLUJO DE 1969-1970

Los años 1969 y 1970 corresponden al período histórico reciente más oscuro y penoso del movimiento estudiantil mexicano; fue un tiempo en el que la condición de estudiante fue juzgada desde el poder como un estigma social. La ofensiva lanzada contra los estudiantes por el presidente Díaz Ordaz desde el 28 de agosto de 1968 se mantuvo hasta la sucesión presidencial de diciembre de 1970. Las persecuciones policiacas, las campañas antiestudiantiles de la prensa, las provocaciones, el fomento deliberado de la drogadicción en los espacios escolares, el desarrollo del porrismo, la aparición de bandas paramilitares organizadas por las autoridades para combatir a los estudiantes, la presencia recurrente del ejército y de los granaderos en las calles de la capital, todo esto contribuyó a crear un clima políticamente desfavorable para el estudiantado y fue generando un sedimento de cólera e indignación entre las masas estudiantiles del país. En este largo reflujo, las fuerzas estudiantiles activas se unificaban en torno a la reivindicación general de "libertad a los presos políticos", demanda que se ilustraba principalmente con el caso de los estudiantes encarcelados. Simultáneamente comenzaron a desarrollarse fuertes tendencias "populistas" entre las vanguardias estudiantiles; grupos fuertes de estudiantes abandonaban definitivamente las aulas para ir a luchar con el pueblo o direcciones estudiantiles que orientaban su acción política principal hacia el

apoyo de luchas populares. Ésta fue una salida relativamente eficaz ante la situación especialmente difícil que planteó al movimiento la represión de Tlatelolco y que se expresaba en la angustia y la incertidumbre en relación con el "¿qué hacer?" entendido estratégicamente. La voluntad de combate arraigada en las vanguardias estudiantiles y galvanizada por la represión, no encontraba formas de realización por la ausencia de organizaciones y de programas comprensibles que ofrecieran un horizonte claro a la acción estudiantil. Fue en estas circunstancias dramáticas en donde se expresaron con suma nitidez las limitaciones histórico-políticas del estudiantado como sector y de las fuerzas socialistas que actuaban en el medio estudiantil. Esta incapacidad de respuesta fue magnificada por las condiciones generadas por la represión, por la incomprensión básica de la experiencia inmediata anterior, por el clima de divisionismo que empezó a corroer la vida interna del movimiento.

No obstante las condiciones adversas, el estudiantado dio muestra tangible de una gran resistencia, combatividad y creatividad políticas. En enero de 1969, se realizó con éxito completo un paro en la UNAM en demanda de libertad para los presos políticos; en marzo, tuvo lugar otro paro exitoso en el IPN en protesta contra la iniciativa oficial de desaparecer o transformar las escuelas vocacionales que habían demostrado mayor combatividad en 1968; en julio, el primer aniversario del movimiento fue conmemorado con mítines callejeros y asambleas que se realizaron en medio de un clima de enorme tensión con la ciudad patrullada por el ejército; desde febrero de 1969 comenzaron las golpizas de las "porras" contra los miembros de los comités de lucha y a mediados de año hicieron su primera aparición los "Halcones",

grupo paramilitar organizado; en diciembre, los presos políticos declararon una huelga de hambre que fue ampliamente apoyada por el estudiantado, apoyo que se redobló después de que los presos fueron víctimas de un sangriento ataque el primero de enero de 1970.[1] La efervescencia política en el medio escolar nunca disminuyó, como lo testimonia la proliferación que hubo entre julio de 1969 y julio de 1970 de periódicos estudiantiles: aparecieron por los menos 15 órganos de prensa. Hubo en ese período demostraciones impresionantes de solidaridad estudiantil como lo muestran la actitud de varias generaciones de alumnos que nombraron "padrinos" a estudiantes presos o el gesto conmovedor con el cual el estudiantado despidió de la rectoría, en mayo de 1970, a Javier Barros Sierra. Desde enero de 1970 la presencia estudiantil en las luchas obreras de la capital se hizo muy ostensible: hubo en ese año huelgas en diversas empresas como Automex, IUSA, Anderson Clayton, Aceros Esmaltados, Ayotla Textil, Chicléts Adams, Industrias Celorio, líneas de transporte urbano, etc. y en todas ellas tuvieron presencia solidaria los estudiantes. Estas acciones se realizaban en condiciones de dura persecución pues incluso en 1970 el gobierno seguía enviando a la cárcel a estudiantes bajo acusaciones jurídicamente monstruosas y tenían lugar provocaciones terroristas como fue la aparición de las llamadas Boinas Rojas de Netzahualcóyotl. Por lo demás, las elecciones por la sucesión presidencial no desencadenaron una intervención política especial por parte del estudiantado y, más bien, indujeron al abstencionismo ("Votar en el 70 es olvidar el 68", "Votar es una pendejada", tales fueron algunas de las consignas del momento), no obstante, los estudiantes de casi todo el país reaccionaron con indignación ante la pretensión del candidato priista, Luis Echeverría, de entrar a "dialogar" a sus centros de estudio. En Sinaloa, en Chihuahua, en Puebla, etc., Echeverría fue rechazado y en otras universidades, como la de Michoacán, aunque recibido por la masa estudiantil fue, al mismo tiempo, obligado a guardar respeto simbólico en memoria de las víctimas de Tlatelolco.

[1] La información de esta sección está tomada de diversas fuentes directas: la *Hoja Popular* (núms. 1 al 26); *La Hoguera* (núms. 1 y 2); *La Internacional* y volantes varios del archivo del autor.

Sin embargo, el reflujo de 1968 se expresó principalmente en una disminución drástica de la capacidad de lucha del estudiantado de todo el país y en la atmósfera de desasosiego y confusión que se estableció en el campus de los principales centros de estudio de la capital, el IPN y la UNAM. Después de la huelga de julio-diciembre la vida cotidiana de estos centros de estudio experimentó una honda transformación y el ritmo académico con el orden anterior a la huelga jamás llegó a restablecerse: las relaciones maestro-alumno sufrieron un relajamiento ostensible; el entusiasmo por el estudio decayó y se incrementó el ausentismo escolar; proliferó el consumo de drogas; aparecieron "comunas" estilo *hippie*; junto a la afición por las drogas comenzó a emerger el gusto por la música latinoamericana y "de protesta"; resurgieron las "porras" y aparecieron los primeros fenómenos notorios de lumpenización en el medio escolar bajo el auspicio directo o indirecto de las autoridades gubernamentales. En esta atmósfera de desaliento y depresión moral, la actividad voluntarista, aislada y tenaz, de las vanguardias reunidas alrededor de los comités de lucha fue un elemento crucial para la continuidad del

espíritu de combate que se había encendido entre las masas estudiantiles en 1968.

La sucesión presidencial de 1970 y el estallido de una serie de nuevos conflictos estudiantiles en la provincia anunciaron, sin embargo, el inicio de un nuevo ciclo en la historia de las luchas estudiantiles posteriores a 1968.

6. LA RADICALIZACIÓN Y LA CRISIS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

El conflicto de 1968 representó la primera crisis política moderna, de carácter urbano, que enfrentó el régimen de la Revolución mexicana; su estallido reveló espectacularmente el grado absurdo de despotismo, rigidez y concentración del poder que había alcanzado el sistema político mexicano durante el ciclo de industrialización y planteó para los grupos dominantes la necesidad imperiosa de renovar el pacto social so pena de enfrentar crisis sociales de mayor profundidad. 1968 fue, como se ha dicho, "una llamada de atención", a los dirigentes de la sociedad que encerraba un imperativo de democratización. De hecho, el conflicto produjo un desgajamiento dentro del bloque en el poder, polarizando frente al estado a la intelectualidad universitaria y a núcleos importantes de intelectuales tradicionales, es decir, a los sectores ilustrados de la sociedad civil creando una situación política sólo relativamente comparable con los enfrentamientos de los años treinta, puesto que ahora se hallaba más deteriorado el consenso estatal y la contestación social se hacía desde posiciones "de izquierda". Existía, pues, el peligro real de una ruptura social de mayores repercusiones, peligro que era más ostensible en la medida en que persistía un fermento inextinguible de descontento en las universidades.

El reconocimiento de esta realidad fue, probablemente, el punto de la estrategia de recuperación que aplicó, desde su campaña electoral, el nuevo presiden-

te de la República, Luis Echeverría. Esta estrategia envolvió un conjunto complejo de iniciativas de carácter político, económico, educativo y propagandístico y la aplicación selectiva del recurso de la represión. De entrada, la nueva administración política se preocupó por abrir canales de comunicación política con las fuerzas estudiantiles visitando universidades y luego buscó relajar la situación liberando a los presos políticos de 1968. Más tarde, se lanzó una reforma educativa de amplios alcances que incluyó un esfuerzo por modernizar la escuela primaria y la escuela secundaria, medidas para introducir nuevas opciones de estudios superiores, iniciativas para generar estudios técnicos de nivel medio, etc. En relación con el financiamiento educativo, el gobierno aplicó desde 1971 una política que benefició ampliamente a la educación superior sobre los otros niveles del sistema y las universidades del país obtuvieron recursos financieros en proporción sin precedentes.[1] Al mismo tiempo, el gobierno destinó recursos importantes para ofrecer opciones de empleo en el sector público a los nuevos egresados de las universidades. Luis Echeverría inauguró un nuevo discurso oficial en el que se enfatizaba la misión social, respecto al desarrollo nacional, que incumbía a las instituciones universitarias y esta nueva posición fue ratificada en ocasión de la visita a México, en 1973, del presidente chileno Salvador Allende. Pero quizá, la iniciativa más relevante haya sido la llamada "apertura política" que fue anunciada desde 1970 y que consistió básicamente en una apertura relativa de los medios de comunicación a ciertas voces disidentes.

[1] La llamada "rectangularización de la pirámide escolar" y el reforzamiento financiero de la educación posprimaria está hecho en Carlos Muñoz I. y Pedro G. Rodríguez, *Costos, financiamiento y eficiencia de la educación formal en México*, México, CEE, 1977. El apoyo financiero a la educación superior entre 1970 y 1976 lo señala José Ángel Pescador en "La crisis fiscal y el financiamiento de la educación superior en México", ensayo que aparece en Gilberto Guevara N., *La crisis de la educación superior en México*, México, Nueva Imagen, 1981.

Semejante política no supuso el fin de la represión. Con el fin de disfrazar las medidas de fuerza e impedir enfrentamientos directos, el gobierno optó por recurrir cada vez más a medios indirectos como el fomento del porrismo, la infiltración y los grupos paramilitares creados sobre la base de reclutar a jóvenes desempleados provenientes del cordón de miseria de la ciudad de México. Complementariamente, y según el caso, se siguió aplicando el antiguo expediente de hacer intervenir a la policía y el ejército. En resumen, el cambio presidencial hizo posible que los gobernantes retomaran la iniciativa política frente a la disidencia estudiantil.

Por su parte, el movimiento estudiantil comenzó a sufrir transformaciones políticas internas que se hicieron ostensibles en el giro de sexenio. Estas transformaciones fueron resultado de procesos que se desencadenaron con la represión de Tlatelolco y que fueron madurando en la atmósfera de desmoralización, resentimiento, indignación y opresión que se respiraba en los espacios escolares durante los años de reflujo. El principal de ellos fue el *vanguardismo*, la separación abismal que se fue gestando entre las masas estudiantiles y las vanguardias representadas por los activistas políticos y cuyo desenlace final fue una inversión en el orden de los factores: el "movimiento" fue sustituido por sus "vanguardias" (asociadas en los "comités de lucha" que habían dejado de ser estructuras de representación universal para convertirse en entidades faccionales), y en esa medida dejó de

expresar los estados de espíritu del sector en su conjunto para manifestar exclusivamente las ideas y actitudes de las *organizaciones políticas* estudiantiles. Este cambio significó un giro fundamental en el desarrollo del movimiento estudiantil puesto que supuso una metamorfosis creciente en el lenguaje, las ideas y los procedimientos de acción pública del estudiantado. El "movimiento" dejó de expresar los intereses políticos democráticos del conjunto del estudiantado para traducir casi exclusivamente una problemática restringida de las agrupaciones de izquierda que en esos años, por cierto, vieron acrecentada su militancia y su presencia entre el estudiantado y así encontraron nuevas perspectivas de acción en el marco nacional. En realidad, esta tendencia sectaria —que informaba del atraso político de una parte importante de la izquierda estudiantil— se había registrado desde las jornadas de 68 y puede decirse que el movimiento de masas se había desarrollado *a pesar de ella,* de sus tácticas divisionistas y doctrinarias, de su incomprensión (o rechazo consciente) de la naturaleza unitaria, plural y democrática del movimiento de julio.[2] Sin embargo, en el cuadro del reflujo y la descomposición que la lucha de masas experimentó después de Tlatelolco, este sectarismo encontró condiciones adecuadas para desarrollarse con éxito y convertirse en posición relativamente dominante. De esta forma entre 1969 y 1971 adquirió creciente concreción entre los estudiantes una política no democrática, sino "revolucionaria" entre cuyos postulados podrían señalarse los siguientes:

[2] En la perspectiva del tiempo resulta evidente la función *objetivamente* liquidadora y reaccionaria que desempeñaron las concepciones vanguardistas y sectarias en el movimiento; aunque habría que repetir que su desarrollo sólo fue posible en el cuadro de condiciones creadas por el desenlace represivo de 1968 y la masacre de 1971.

a] la función del movimiento estudiantil es servir de *apoyo a otras fuerzas sociales* (a la clase obrera, al campesinado o, genéricamente, al pueblo).

b] el objetivo del movimiento no debe ser lograr *reformas,* que no son sino paliativos al sistema, el objetivo debe ser el cambio del sistema.

c] toda lucha aislada, sin vínculo directo con la lucha global, general, del pueblo debe ser rechazada.

d] la tarea de la dirección estudiantil no es reunir a todos los estudiantes sino sólo a los estudiantes "revolucionarios".

e] toda forma de peticionismo fue contemplada como una traición, o al menos, como una contemporización con el "enemigo".

f] es condenada igualmente toda actitud de "diálogo" con las autoridades de cualquier tipo que éstas fueran (universitarias o gubernamentales).

g] la preocupación por la organización estudiantil es sustituida por la preocupación por la organización revolucionaria.

h] se renuncia a la representación democrática y a las elecciones de representantes estudiantiles en tanto que representan otras tantas formas de la "democracia burguesa".

i] objetivo central del movimiento es luchar contra los estudiantes no revolucionarios ("reformistas" o "demócratas"), que actún como quintacolumnas del enemigo en el seno del estudiantado.

j] la tarea básica del estudiantado revolucionario no es "pedir", "demandar", sino meramente denunciar la naturaleza explotadora, inmoral y despiadada de la burguesía y sus esbirros.

k] los medios de lucha no son necesariamente pacíficos: es legítimo enfrentar la violencia reaccionaria con la violencia revolucionaria.

l] la represión en bienvenida puesto que cumple una tarea doblemente positiva; radicaliza a los estudiantes, y exhibe ante toda la sociedad la naturaleza violenta del poder establecido.

Esta política liquidacionista partía del principio falso, elevado con cierta timidez en 1968, de que la revolución se hallaba "a la vuelta de la esquina" y proponía la fórmula políticamente suicida de ir al choque en condiciones evidentemente desfavorables. Sectaria, de autoconsumo, esta propuesta tenía además el añadido de orientar una parte de las reducidas energías del movimiento hacia *adentro* del estudiantado terminando con su unidad política y fomentando su autodestrucción. Ella reiteraba la conocida tesis de que la fuerza del movimiento estudiantil debe servir de detonador de otras fuerzas sociales y negaba otro tipo de objetivos políticos, con lo cual, desde luego, convertía al movimiento estudiantil en mera fuerza de apoyo y sacrificaba elementos que le conferían identidad y autonomía ante el conjunto social. Pero no sólo eso, la política estudiantil, bajo estos preceptos, habría de transformarse en una política doctrinaria y moralizante, en un acto de fe y de voluntad refrendado por pequeñas élites que tenían frente a sí, no el cuadro político de la nación que convocaba a triunfos políticos más amplios, sino un espejo en el que se reproducía la propia imagen y que sólo invitaba a reiterados ejercicios de realización personal. En otras palabras, se trataba de una política que, paradójicamente, implicaba una renuncia a hacer política; al ampliar las metas inmediatas del movimiento

hasta un extremo quimérico (la revolución), lo que se lograba era, en realidad, renunciar a todo tipo de práctica de política real y a destruir la verdadera capacidad de fuego, de atracción sobre la sociedad civil que tenía el estudiantado como sector. En este sentido hablamos de liquidacionismo, pues la aplicación de esta política determinó, en una buena parte, el derrumbe que experimentaría el movimiento estudiantil. La actitud vociferante, el doctrinarismo marxista y el bombardeo con frases arrancadas de manuales soviéticos, el culto a la espontaneidad, la exaltación del movimiento por el movimiento, de la acción por la acción, el divisionismo, la confusión, las actitudes violentas, no racionales ni inteligentes, la mistificación, los rituales de radicalismo político, el culto al signo y el desprecio por el significado, las actitudes paternalistas ante el pueblo, el elitismo, etc., etc., llegaron a convertirse en pocos años en rasgos que distinguían y condenaban al movimiento estudiantil. Por lo demás la política revolucionaria pudo lograr triunfos, pero éstos fueron siempre efímeros, y cuando atrajo a las masas fue casi invariablemente para producir, más tarde, alejamientos definitivos. Después de ella, abriría el vacío: el movimiento se hundiría en una crisis existencial que lo llevaría a un colapso histórico sin precedentes.

7. LA REPRESIÓN DEL JUEVES DE CORPUS Y LOS MOVIMIENTOS EN PROVINCIA ENTRE 1971 Y 1977

Desde 1968 se creó un estado de inestabilidad permanente en los principales centros de estudios superiores de todo el país y en los tres años siguientes no hubo institución de ese tipo que no experimentara convulsiones de diversa naturaleza. En 1970 estalló, por ejemplo, un fuerte conflicto estudiantil en Durango alrededor del célebre Cerro del Mercado, pero no fue sino hasta 1971 cuando sobrevinieron luchas estudiantiles de repercusión nacional: los escenarios de esos combates fueron Nuevo León, Sinaloa, Puebla, Chihuahua, Durango, Guerrero, Sonora y Oaxaca.

En el estado de Nuevo León comenzó a gestarse un conflicto desde 1970 cuando la comunidad de la UANL resolvió preparar un nuevo proyecto de ley orgánica en el que se propusiera un régimen paritario de gobierno, aunque desde tiempo antes se habían dado tensiones entre el gobierno local y la universidad.[1] Al iniciarse 1971 las fuerzas democráticas unificadas llevaron a la rectoría al ingeniero Héctor Ulises y como respuesta el gobierno local puso en jaque político a la institución al concederle un subsidio anual ínfimo que significaba una drástica disminución. Esto suscitó la

[1] Los datos sobre este movimiento provienen de varias fuentes, pero, principalmente de S. Iglesias y J.L. Godínez, *La lucha de la juventud contra la gran costumbre. La democracia contra la barbarie fascista (reflexión y crítica del movimiento estudiantil en Nuevo León de 1968 a 1973)*, México, Ediciones Goliardo, 1980.

airada protesta estudiantil y magisterial. El problema se prolongó. El 25 de marzo, empero, se realizó una gran manifestación de protesta contra la postura del gobernador y como reacción las autoridades lanzaron una nueva agresión al expedir, con carácter de urgencia y dispensa de trámites, una nueva ley orgánica para la UANL cuya aprobación se realizó en sólo 24 horas. La nueva ley hacía de una asamblea popular compuesta por representantes diversos de la sociedad civil el centro principal de decisiones sobre la vida universitaria con lo cual, tácitamente, se suprimía la autonomía de la institución. De inmediato, el Consejo Universitario de la UANL protestó y fue declarada en forma unánime una huelga estudiantil. Sin embargo, el gobernador hizo caso omiso de la protesta y procedió a nombrar, tomando como base a la nueva legislación, un nuevo rector. Por añadidura el favorecido fue un militar. Esto enardeció más los ánimos. Estudiantes y maestros de la universidad neoleonesa solicitaron solidaridad y en todo el país comenzó a generarse una campaña estudiantil de apoyo que incluyó mítines y manifestaciones. Hacia fines de mayo la situación se agudizó pues la policía ocupó con violencia los recintos universitarios lo cual provocó nuevas demostraciones de solidaridad, entre ellas la del mismo rector de la UNAM, Pablo González Casanova, quien, sin ambages, levantó su voz para defender la institución agredida. Finalmente, el 30 de mayo el gobernador del estado de Nuevo León renunció presionado por la fórmula de conciliación que propuso el gobierno federal y de la cual fue portador el mismo titular de la SEP, Bravo Ahuja, quien llegó a Monterrey e impulsó una nueva legislación universitaria. Esta nueva legislación entró en vigor el 5 de junio y representó una solución temporal a las tensiones uni-

versidad-estado. Ulises Leal fue ratificado en la rectoría y todo hacía pensar que se había consumado un triunfo político de las fuerzas democráticas.

Al poco tiempo, sin embargo, la Universidad de Nuevo León volvería a entrar en un ciclo de convulsiones. El frente estudiantil y magisterial que había sostenido con éxito la lucha contra la arbitrariedad oficial se desmoronó por la fuerza creciente de pugnas internas y el impacto de una contraofensiva derechista que se inició desde el principio de la gestión de Ulises. En una tácita alianza, los militantes del Partido Comunista Mexicano de la localidad coincidieron con las fuerzas de la derecha en la idea de derrocar a Ulises de la rectoría y la institución, que parecía empezar a perfilarse en una perspectiva de paz interior dentro de un espíritu democrático y progresista, se vio de nuevo sumida en la crisis política. Los ataques contra las fuerzas "ulisistas" incluyeron agresiones armadas e innumerables acciones provocadoras. La campaña culminó, finalmente, con la salida de Ulises Leal y la imposición de un rector de filiación derechista. El movimiento estudiantil de masas se hundió a partir de entonces en una crisis sin retorno; de ella habrían de emerger, por cierto, numerosos voluntarios para la lucha terrorista y guerrillera.

Los acontecimientos de Nuevo León despertaron, en mayo y junio de 1971, una reacción solidaria sin precedente del estudiantado de la capital y la actividad política volvió a sacudir los principales centros de estudio del país (UNAM, IPN, Chapingo). Este resurgimiento de la política estudiantil en el Distrito Federal coincidió en el tiempo con la liberación de los dirigentes estudiantiles de 1968 y otros acontecimientos políticamente significativos relacionados con la "apertura democrática" anunciada por Echeverría.[2] Los estudiantes capitalinos alcanzaron a afirmar organismos de coordinación del movimiento en cada una de las principales instituciones y crearon una instancia central de coordinación. Empero, para entonces el espíritu unitario y democrático del movimiento estudiantil empezó a ser amenazado por las posiciones radicales que sostenían una actitud divisionista, beligerante y provocadora. La atmósfera interna del movimiento se hizo cada vez más pesada y tensa. El punto de mayor tensión se vivió precisamente cuando se discutió la idea de realizar una manifestación callejera el 10 de junio en apoyo a los universitarios de Nuevo León. La manifestación perdió su razón de ser el día 5 en que se resolvió el conflicto de la UANL, sin embargo, las fuerzas radicales (representadas principalmente en el momento por el PCM y algunas corrientes maoístas) se obstinaron en efectuar a toda costa la marcha aun cuando la probabilidad de una represión era evidentemente alta. No obstante esto, masas estudiantiles importantes acudieron al evento (30 000 asistentes).[3] La manifestación del jueves de Corpus de 1971 no tuvo demandas específicas; en ella se levantaron reivindicaciones de toda índole (desde "500 millas de

[2] Los presos del 68 comenzaron a ser liberados en diciembre de 1970. En abril de 1971 el gobierno exilió a los principales líderes estudiantiles (Chile) pero éstos regresaron al país a principios de junio. La prensa hablaba en esos días de reforma educativa y reaparecían en la escena política figuras notables de la disidencia: Carlos Fuentes, Octavio Paz, Heberto Castillo, José Revueltas, etcétera.

[3] Los acontecimientos del 10 de junio de 1971 aparecen descritos en el folleto *Los Hechos* (s/f) que contiene una colección de crónicas periodísticas. Un análisis político de estos eventos se encuentra en un ensayo preparado por el Grupo de Análisis Político (Carlos Pereyra, Rolando Cordera y otros), *Crisis del movimiento estudiantil mexicano*, México, 1971.

mar territorial" hasta "democracia sindical"), con lo cual se diluía la función política específica del acto hacia el exterior. Se trató, más que nada, de un hecho cuyo sentido primario fue el de la *autoafirmación*; el movimiento deseaba, primero, demostrarse a sí mismo su existencia, su ser, su no-muerte y, en seguida, proclamarlo ante el mundo. La toma de la calle era la forma adecuada para hacer lograr una y otra cosa. El entusiasmo con el cual se inició el recorrido (la mera asistencia era el triunfo) se apagaría al poco tiempo, pues un grupo paramilitar —los Halcones— integrado por jóvenes provenientes de las colonias humildes del D.F., apoyado por policía uniformada, atacó con armas de fuego a la columna matando aproximadamente a 50 estudiantes, la mayoría jóvenes de preparatoria. De esta manera brutal se consumó la represión del 10 de junio que tendría hondas repercusiones en el desarrollo del movimiento estudiantil.

La principal repercusión fue que acentuó el proceso de radicalización de las vanguardias estudiantiles. La nueva masacre venía a ratificar aparentemente algunas de las inferencias que se habían hecho a partir de Tlatelolco. Se pensaba, por ejemplo: que ya no había espacio para la lucha pacífica y democrática en México; que el estudiantado, por sí mismo, no era capaz de hacer retroceder al poder estatal; que no era "moral" después de la masacre seguir manteniendo postura de diálogo o de petición ante las autoridades; que era necesario pasar a otro nivel de lucha, usar otra táctica y otros procedimientos de lucha. En consecuencia, además de debilitarlo, la represión incidía sobre el movimiento estudiantil *radicalizándolo* y, al mismo tiempo *dividiéndolo* puesto que los núcleos que modificaban sus posiciones siguiendo las inferencias anotadas se volvían, indignados, contra aquellos estudiantes que pretendían seguir manteniendo sus principios "democráticos". De hecho, una buena parte de las energías de los grupos radicalizados se dirigieron contra los estudiantes demócratas a quienes se consideraba quintacolumnas del enemigo (el estado burgués) puesto que, según ellos, desviaban al movimiento estudiantil hacia objetivos ilusorios, falsos, engañosos: la realidad de Tlatelolco y del jueves de Corpus habían demostrado categóricamente que en México había muerto toda posibilidad de democracia. Este razonamiento estuvo en el origen del movimiento guerrillero urbano (de base estudiantil), que se inició, precisamente, a partir del 10 de junio de 1971 y que contribuiría decisivamente a debilitar las formas políticas del movimiento estudiantil.[4]

La represión trajo consigo, pues, una serie de secuelas políticas que contribuyeron a moldear al movimiento estudiantil en el período siguiente. Las vanguardias estudiantiles del D.F. tendieron a abandonar definitivamente las formas políticas democráticas, herencia de 1968, para adoptar principios más extremistas. De un lado, el movimiento sufría un debilitamiento general ahondándose el aislamiento de los

[4] La dinámica del desarrollo interno del movimiento estudiantil sería, a partir de ese momento, fuertemente determinada por la dualidad represión-radicalismo. No existe, por otro lado, solución de continuidad entre el radicalismo político y la guerrilla, puesto que el rechazo "en bloque" a las reformas y al orden institucional pregonado por los extremistas sólo se justifica desde una perspectiva: la lucha insurreccional. Hubo, empero, tendencias políticas que se acobardaron ante las consecuencias de su propia posición (el PCM) y optaron finalmente por la actitud cómoda de un radicalismo meramente verbal que fue paulatinamente atenúandose hasta ser sustituido por posiciones "democráticas".

comités de lucha; de otro, el movimiento encontró una eficaz válvula de escape en el apoyo a las luchas populares (un caso ejemplar fue el de Autogobierno, Arquitectura, UNAM). Aunque, hay que decirlo, una parte enorme del potencial de combate del estudiantado se desgastó en reiterados y tediosos ejercicios políticos de autoconsumo, en peroratas doctrinarias pronunciadas en actos políticos "revolucionarios", en pugnas intestinas cuyo objeto era frecuentemente la persecución de los "reformistas", "demócratas" o "traidores", en actividades conspirativas de distinta índole, etc. En fin, la fuerza política se sublimaba en meras prácticas de realización personal. En muchos casos, los ámbitos escolares dejaron de ser el espacio libre, donde se respiraba camaradería y solidaridad para devenir un lugar de intolerancia, persecución, temor y desconfianza. El movimiento había perdido su unidad; ahora se expresaba fragmentado, escindido en múltiples unidades políticas autosuficientes que habían perdido, sin embargo, la capacidad de diálogo entre ellas. Un espíritu de beligerancia y competencia presidía la relación entre los grupos políticos que actuaban en el seno del movimiento estudiantil y, en vez de hacerse oír con una voz, el movimiento se expresaba ahora en un ruidoso coro en donde se confundían, indiscernibles, múltiples monólogos.[5]

Las opciones más constructivas que se ofrecieron al estudiantado radicalizado de aquel tiempo fueron, por un lado, las diferentes formas de cogobierno o autogestión que se gestaron en la Universidad Nacional (Economía, Ciencias, Arquitectura) y en Chapingo y, por otro, las innovaciones institucionales que impulsó durante su rectorado el doctor Pablo González Casanova, entre las cuales, la más notable para ese efecto fue el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH).[6] En el primer caso, las actividades de gestión y el trabajo administrativo asociado absorbieron parte importante de las energías del movimiento, sin embargo, la ausencia de perspectiva académica integrada, el populismo y el doctrinarismo predominante impidieron que estos esfuerzos cristalizaran en reformas académicas de validez permanente, quizá con la excepción de Autogobierno-Arquitectura. Las fuerzas de izquierda de la UNAM de ese momento se conformaron con el expediente consabido de agregar al currículum de las carreras más cursos de marxismo ("materialismo dialéctico", "materialismo histórico", "economía política", *El capital*, etc.) rechazando la mayoría de las veces reforzar la dimensión instrumental, aplicada, de sus carreras so pretexto de que hacerlo

[5] Este ambiente dominado por la hostilidad y la desconfianza existió entre 1971 y 1977 en casi todas las instituciones donde tuvo presencia importante la izquierda. En algunos centros —como la Facultad de Ciencias— se conserva hasta la actualidad.

[6] Los orígenes de Autogobierno se remontan hasta 1966 con la primera intervención política relevante de la Escuela Nacional de Arquitectura, pero el movimiento cristaliza formalmente en 1972 (véanse las revistas *Autogobierno*, núms. 1 y 2, octubre-noviembre de 1976); el Cogobierno de la Facultad de Economía, por su parte, también tuvo su antecedente en la Comisión Mixta de 1966, pero su desarrollo formal se inició en 1971 en la lucha contra el director Lobato (*Boletín del Comité Coordinador*, núm. 4, 12 de mayo de 1971); el "sistema departamental" de Ciencias, en cambio, no tuvo ningún antecedente obvio y se inició en 1973 (documento sin título, mimeografiado, 1973); a su vez, el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) fue creado en la UNAM el 26 de enero de 1971 (David Pantoja M., *Notas y reflexiones acerca de la historia del bachillerato*, México, UNAM, 1983. El pensamiento educativo de González Casanova fue recogido en el libro *Pablo González Casanova, 6 de mayo de 1970 - 7 de diciembre de 1972*, México, UNAM, 1983.)

implicaba "tecnocratizar" a la universidad o ponerla al servicio "del capital". La tarea revolucionaria consistía, pues, aunque esto no siempre se reconocía en voz alta, impedir u obstaculizar el apoyo que la universidad prestaba o podía prestar a la producción. Se trataba, ni más ni menos, de una concepción emparentada con la célebre idea de que "la universidad es una fábrica y, por ello, hay que destruirla", enarbolada, en 1972, por "los enfermos" sinaloenses. La postura de la que hablamos, empero, no era una postura agresiva, ofensiva, sino que involucraba más bien un desprecio fundamental y una actitud esencialmente negligente hacia las funciones instrumentales de la institución. En la Facultad de Economía, por ejemplo, la izquierda pugnó con éxito por hacer de la economía política un componente de igual o mayor peso que "la economía burguesa" lo cual derivó, naturalmente, en un currículum absurdo socavado por una contradicción básica irreductible. Este doctrinarismo implícito en la "marxistización del currículum" fue un error grave que tuvo su precio político inevitable: la Facultad de Economía, por ejemplo, perdió con el tiempo su antiguo prestigio como formadora de buenos técnicos para el servicio público y las posiciones que otrora ocupaban sus egresados fueron paulatinamente concedidas a egresados de instituciones privadas (como el ITAM, ITESM, etc.). Pero este caso es generalizable a todas las carreras de ciencias sociales de la UNAM y otras instituciones públicas de educación superior que padecieron lo mismo. Por otra parte, las nuevas formas de gestión casi siempre se asociaron a prácticas populistas —como la de erigir a la asamblea general en "máximo órgano de decisión" de una escuela— que contribuyeron decisivamente a destruir la vieja organización académica pero sin levantar, en su lugar, una organización alternativa. El populismo democrático llevó a las instituciones a una crisis académica prolongada: así sucedió en Chapingo, en la Facultad de Economía, en la Facultad de Ciencias y en el Autogobierno de Arquitectura. Estos elementos fueron claves en el derrumbe académico de estos centros pero, además, fueron factores decisivos de la instauración en su seno de una atmósfera de intolerancia hacia las ideas no identificadas con el marxismo o con la causa revolucionaria. La persecución de las ideas "no revolucionarias" en algunos casos llevó a muchos excelentes viejos maestros a abandonar sus cátedras universitarias y a renunciar a todo vínculo con las universidades. En otras palabras, el reduccionismo, el sectarismo, la intolerancia debilitaron la pluralidad en el ámbito escolar con su consecuente empobrecimiento académico. Las reflexiones anteriores, sin embargo, no pueden tener un valor absoluto y habría que registrar, junto a ellas, numerosas intenciones positivas —la introducción de la dimensión social y humanística junto al saber técnico, la preocupación por recuperar en las carreras problemas sociales, la intención de generar en los intelectuales una ética de compromiso con el pueblo, etc.— que no siempre alcanzaron realización. Este reconocimiento no invalida, empero, la afirmación de la naturaleza fundamentalmente equívoca de las estrategias que aplicó la izquierda estudiantil y magisterial en la reforma universitaria. Una reforma que, en términos generales, desembocó en un fracaso histórico.

La izquierda tampoco supo asimilar el significado progresista de las reformas que propuso, en su momento, el rector de la UNAM, doctor Pablo González Casanova. Por el contrario, las fuerzas estudiantiles

socialistas calificaron las reformas de González Casanova como "tecnocráticas" y adoptaron frente a su gestión una política de hostilidad o indiferencia. En el año 1972 se dieron en la UNAM una serie de actos de provocación que se gestaron al calor de la radicalización izquierdista que vivía la universidad —el incendio de la cafetería de Derecho, el encuentro a balazos entre sedicentes izquierdistas y porristas de Ingeniería, el asalto de la rectoría por Castro Bustos y Falcón, etc.— y que influyeron crucialmente para debilitar la posición del rector. Finalmente, las fuerzas de izquierda impulsaron la huelga sindical (STE-UNAM) aplicando una táctica en la cual se ponía al rector —el único rector socialista que ha tenido la institución en su historia— como el "enemigo" a vencer y como blanco central de sus ataques. Este conflicto decidió la renuncia de González Casanova y una reorientación derechista de la administración universitaria que quedó encabezada por el célebre doctor Soberón.

Si el movimiento estudiantil de ese período no llegó a crear un programa de reforma universitaria de grandes alcances, sí tuvo éxito, en cambio, en producir militantes de partidos políticos. Es decir, de las luchas estudiantiles de 1968-1975 salieron miles y miles de jóvenes que pasaron a integrar las múltiples organizaciones políticas de izquierda mexicanas. Puede decirse, sin ambages, que los efectivos de las fuerzas socialistas actuales tuvieron su entrenamiento político inicial en la experiencia dramática del movimiento estudiantil de esos agitados años. Esto es muy significativo y es de suponerse que virtudes y defectos del movimiento estudiantil de aquella etapa histórica tienen de alguna manera su proyección en el pensa-

miento y la práctica presente de la izquierda mexicana.[7]

En febrero de 1971 se inició en la UAP —una de las universidades estatales de más fuerte tradición reformista— un movimiento estudiantil dirigido por los comités de lucha, con un programa que apuntaba a la transformación institucional de la universidad y que se prolongaría hasta desembocar en la masacre de estudiantes de mayo de 1973. "Urge, decían los estudiantes, una filosofía de la universidad, objetiva, científica y social que tome en cuenta la realidad en que es inscrita y cuya promoción se supone es la razón de su ser. Una universidad sin relación estrecha con la realidad social, es decir, una universidad no popular, es inconcebible."[8] El estallido del movimiento suscitó diversos enfrentamientos entre las fuerzas democráticas y las fuerzas fascistas al servicio de la reacción poblana y se dieron algunos atentados terroristas. El asesinato de un estudiante provoca la expul-

[7] Las fuerzas socialistas actuales de México se han nutrido, en su mayoría, de militantes del movimiento estudiantil del período 1968-1977 y, por lo mismo, han sido influidas decisivamente por las concepciones esquemáticas, jacobinas y antidemocráticas que inspiraron al radicalismo estudiantil de ese período. A mi juicio, esto explica, en parte, el fracaso histórico que ha experimentado la izquierda para convertirse en una real alternativa política *nacional* y de ahí que sea hoy la derecha quien capitaliza el descontento popular y se erige como la *única* opción alternativa a la dominación priista. El ambiente de desconfianza, el vanguardismo, la competencia beligerante, el doctrinarismo, la persecución y la intolerancia siguen campeando entre las filas socialistas y se han convertido en el principal obstáculo para que exista un movimiento socialista de masas fuerte y unitario. Mucho después de su etapa estudiantil, la izquierda sigue envuelta en ejercicios de autoconsumo: se sigue sustituyendo al *movimiento* por el *partido*.

[8] Para el relato del movimiento de la UAP sigo a A. Vélez Pliego, *op. cit.*

sión de un grupo de golpeadores, pero la medida no acaba con la convulsión interna. Dos personas ocupan sucesivamente la rectoría en un breve período. El movimiento estudiantil se agudiza y comienza a articularse con otros sectores sociales hasta desembocar en la creación del Frente Obrero Campesino Estudiantil Popular de Puebla (FOCEPP), en el que se reúnen trabajadores electricistas militantes de Tendencia Democrática, seguidores del Movimiento Sindical Ferrocarrilero, campesinos de la Central Campesina Independiente, etc. El activismo estudiantil se prolonga hasta el año siguiente y en junio de 1972 se plantea una nueva crisis en relación con el nombramiento de rector. Un intento oficialista por imponer un rector fracasa y asume el puesto, con el apoyo de las fuerzas democráticas, el químico Sergio Flores Suárez, militante reconocido del Partido Comunista Mexicano. Esta decisión que simbolizó un triunfo de las fuerzas democráticas fue, al mismo tiempo, el heraldo de nuevas agresiones y campañas de prensa de parte de las autoridades locales y de la iniciativa privada. De hecho, entre junio de 1972 y mayo de 1973 tuvo lugar la ofensiva anticomunista más vigorosa que haya tenido lugar en ese estado, al mismo tiempo que la universidad se convirtió en punto de referencia obligado para todas las luchas populares que estallaron en ese período. La ofensiva se inauguró con el cobarde asesinato del arquitecto Joel Arriaga Navarro, director de la preparatoria nocturna Benito Juárez, quien era, también, miembro destacado del PCM. Después se continuó con ataques de todo tipo: en octubre durante un mitin anticomunista, el gobernador del estado, Gonzalo Bautista O'Farrill, dio órdenes al procurador para que encarcelara de inmediato a las principales autoridades universitarias, empezando

por el rector. La iniciativa privada pedía a gritos una intervención drástica contra los comunistas que se habían apoderado de la universidad y amenazaba con realizar huelga de impuestos si tal intervención no se hacía. En diciembre de 1972 caía acribillado otro luchador universitario, Enrique Cabrera Barroso, quien fungía como director de extensión universitaria y servicio social y era también militante del PCM. El 31 de enero de 1973 dos policías fueron secuestrados por estudiantes y el cadáver de uno de ellos fue encontrado en las cercanías del edificio Carolino de la UAP; las autoridades universitarias exigieron que se elucidara de inmediato ese crimen. El clima de tensión y violencia se mantuvo hasta el primero de mayo. Se consumó una masacre cuando un policía disparó contra una multitud inerme que se reunía a festejar el día del trabajo frente al edificio Carolino. Hubo cinco muertos: cuatro estudiantes y un obrero. Este crimen despertó de inmediato un vigoroso movimiento de solidaridad en todo el país —el día 8 hubo un paro nacional de universidades— y, como resultado de esta vigorosa reacción, el gobernador Bautista fue obligado a renunciar. A partir de ese momento se inició el reflujo del movimiento estudiantil local. He aquí el caso raro de un movimiento estudiantil estatal relativamente victorioso.

Entre 1971 y 1975 el movimiento estudiantil se desenvolvió en los diversos estados de la República, tendió a articularse con luchas populares y como resultado de ello surgieron organizaciones del tipo "comités de defensa popular". Comités de esa índole se crearon en Chihuahua, Puebla, Tamaulipas, Durango y Michoacán mientras que en el D.F., el estudiantado más activo buscó, por su parte, relacionarse con el movimiento obrero y con las luchas que se desarro-

llaban en las colonias populares (un papel muy activo de "puente" entre la universidad y las colonias populares desempeñó el Frente Popular Independiente). Un caso ejemplar de vínculo estudiantil-popular se dió en el Comité de Defensa Popular de Chihuahua. Este CDP nació en los primeros meses de 1972, a partir de las secuelas políticas que desencadenó en la localidad un frustrado asalto bancario realizado por estudiantes. Los excesos policiacos que siguieron al asalto —que incluyeron el asesinato a sangre fría de varios de los asaltantes— motivaron una gran movilización popular que reunió a estudiantes, maestros de primaria, obreros electricistas, colonos, trabajadores de sindicatos independientes, etc., alrededor de 30 organizaciones que integraban la Asamblea Popular y cuyas primeras tareas consistieron en luchar por restablecer la vigencia de las garantías individuales, defender la integridad física de los demás presos y exigir la renuncia de los funcionarios responsables de los asesinatos. El CDP se convirtió muy pronto en "la dirección política de un creciente movimiento de masas en la capital del estado y que gradualmente fue ramificándose en otras ciudades importantes de la entidad".[9] Se formaron comités semejantes en Ciudad Juárez, Delicias, Anáhuac, Jiménez, Saucillo y Parral. El CDP de Chihuahua luchó a lo largo de dos años y medio por objetivos de distinto carácter: apoyó luchas obreras nacionales como las de electricistas y ferrocarrileros, reivindicó solución a problemas de las colonias populares, apoyó la creación de sindicatos independientes, las luchas de los maestros normalistas, las de trabajadores del estado, etc. y en estas luchas desempeñó un papel muy relevante la Colonia Francisco Villa que aportó casi siempre los contingentes más numerosos. Sin embargo, el estudiantado universitario fungía, en la práctica, como la columna política del CDP, situación que se demostraría más tarde. Virtud y defecto. En febrero de 1973 estalló una huelga en la universidad por reivindicaciones internas (en contra de autoridades, de fuereños "corruptos" y, en general, las fuerzas universitarias derechistas), que adquirió características agudas. Las autoridades no cedieron y los estudiantes, sin advertir las implicaciones estratégicas de su lucha, adoptaron una actitud rígida, negándose a deponer su postura beligerante. Las autoridades, advirtiendo en ello el talón de Aquiles del movimiento popular, sostuvieron a su vez una actitud intransigente e hicieron que las energías combativas del CDP se desgastaran en una larga lucha —¡quince meses!— que terminó en catastrófica derrota. "La universidad se hundió, desde entonces —diría más tarde uno de los más distinguidos dirigentes del CDP—, en una de sus etapas más negras."[10]

[9] Ma. Antonieta Rascón y Manuel Aguilar M., "Chihuahua a la hora de la asamblea popular", en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, junio de 1972. Una descripción del CDP de Chihuahua, realizada por uno de sus más destacados líderes, se encuentra en Víctor Orozco, "Las luchas populares en Chihuahua", en *Cuadernos Políticos*, núm. 9, p. 49.

El terrorismo

A raíz de la masacre del jueves de Corpus, comenzaron a aflorar en México formas de terrorismo urbano (guerrilla), protagonizadas por estudiantes o personas vinculadas de alguna manera al movimiento estudiantil. El terror venía a ser una prolongación lógica de las fórmulas radicales que se fueron gestando en

[10] V. Orozco, *op. cit.*, p. 62.

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

el seno del movimiento estudiantil y era una consecuencia esperada de la descomposición política general del movimiento.[11] Esta descomposición fue, sin embargo, un proceso desigual que adquirió en algunas partes mayor grado de avance que en otras. Fue en la Universidad de Sinaloa donde este proceso tuvo su expresión de mayor morbidez con la aparición de los llamados "enfermos", fenómeno de lumpenización del movimiento estudiantil que llenó el capítulo más ignominioso de la etapa histórica que reseñamos. La aparición de este fenómeno se relaciona con la lucha que los estudiantes sinaloenses desarrollaron en contra de la administración rectoral del licenciado Gonzalo M. Armienta, lucha cuyos orígenes se remontan a 1969.[12] Ese año, la comunidad universitaria elaboró

[11] De hecho, el terrorismo suele ser la fase última en el ciclo de las luchas estudiantiles fracasadas: por lo menos así sucedió en Rusia, en China, en Japón y otros países en donde, después de convocar inútilmente al pueblo y comprobar su completa soledad, los estudiantes se lanzaron a prácticas elitistas de terrorismo. "Cuando la fase populista acaba en frustración —dice Feuer— *sobreviene habitualmente una pérdida de fe en la democracia y se acentúa el elitismo.* Los estudiantes rusos, a fines de la década de 1870, y en la sombría década de 1880, llegaron a la conclusión de que la revolución social debía ser llevada a cabo por una minoría intelectual. La creencia en los poderes de realización de los 'individuos de pensamiento crítico' produjo la convicción de que los actos individuales de terrorismo eran adecuados para poner en movimiento las fuerzas sociales básicas. El movimiento estudiantil ruso escogió el camino del terrorismo y la autoinmolación" (Lewis Feuer S., *Los movimientos estudiantiles*, Buenos Aires, Paidós, 1969, pp. 77-78). Sobre implicaciones teóricas de la violencia, Carlos Pereyra, *Política y violencia*, México, FCE, Testimonios, 1974.

[12] Para el movimiento sinaloense véase Liberato Terán, *Sinaloa: estudiantes en lucha*, México, UAS, 1982. Para el fenómeno de "los enfermos" se pueden leer Bernardo Méndez L., "Capitalismo dependiente y crisis universitaria en Sinaloa: el caso de 'los enfermos' ", en *Cuatro ensayos de interpretación del movimiento estudiantil*, México, UAS, 1979; Melchor Inzunza y Liberato Terán, *El movimiento universitario en Sonora y Sinaloa*, México, UAS, 1979, y la revista *Punto Crítico* dedicó un número doble, 20-21 (agosto de 1973), al mismo asunto.

un proyecto de ley orgánica en el cual se establecía un consejo universitario paritario y presionó a las autoridades para que fuera aprobado. El Congreso local decidió, sin embargo, promulgar, en febrero de 1970, una ley diferente a la de estudiantes y maestros. Asimismo, sin previa consulta a la comunidad, el Congreso resolvió nombrar como rector al mencionado licenciado Armienta, personalidad particularmente estulta y autoritaria. Se inauguró así un período de luchas intestinas en las cuales los estudiantes pugnaron por la renuncia de Armienta y que estuvo salpicado de numerosos enfrentamientos físicos en donde el estudiantado luchó contra grupos de porros al servicio del rector, y con la policía y el ejército, corporaciones que intervinieron repetidamente para apoyar a Armienta. La tormenta alcanzó su apogeo en octubre de 1971 cuando los estudiantes se apoderaron de los recintos de la universidad e impidieron que Armienta y sus seguidores entraran en ella. Vinieron en seguida seis meses de duros combates que culminaron con una balacera que segó la vida de dos estudiantes, el día 7 de abril de 1972. Ese mismo día renunció el rector. Tres más tarde, el Congreso local aprobaba una nueva ley orgánica que recogía, en lo sustancial, las viejas demandas universitarias, entre ellas, la paridad en el Consejo Universitario. Hasta aquí la lucha estudiantil unitaria y política parecía desembocar en un triunfo relativo... relativo en la medida del alto precio que tuvo. Sin embargo, en los meses siguientes el movimiento estudiantil avanzó aceleradamente en

un proceso de descomposición: una mayoría de los estudiantes militantes de la Juventud Comunista de México (JCM) del estado de Sinaloa (que detentaba posiciones en la FEUS) en ese período adoptó ideas radicales, antidemocráticas que comenzaron a socavar la unidad que hasta entonces había logrado el movimiento y luego desembocaron en acciones violentas de sentido abiertamente provocador. Este proceso de radicalización correspondía con la tendencia a la sectarización vanguardista que prendió en esos momentos en todo el movimiento estudiantil mexicano y que conllevó el aplastamiento definitivo de las posiciones democráticas. Testimonio claro de lo mismo fue el Foro Nacional Estudiantil (abril de 1972) que reunió a un conjunto heteróclito de agrupaciones políticas estudiantiles que apoyaron una serie de acuerdos en los cuales se identificaba al movimiento estudiantil con un movimiento revolucionario y se proclamaba que la alternativa histórica era "crear un nuevo estado y nuevas relaciones económicas en los que los trabajadores expropien la riqueza social que les es arrebatada y ejerzan la verdadera democracia del pueblo. Para ello es indispensable la revolución política, es decir, derrocar a la burguesía e implantar la dictadura democrática del proletariado." Esta proclama doctrinaria fue el bautismo ideológico de los "enfermos".[13]

Los estudiantes radicales de Sinaloa llegaron con sus acciones a extremos que escapan a todo referente

[13] Los materiales de este evento fueron publicados en Arturo Martínez Nateras, *No queremos apertura, queremos revolución*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972, de título ampliamente ilustrativo. El libro da cuenta, de la atmósfera izquierdista del momento y, en particular, del viraje hacia la radicalización izquierdizante que experimentó el PCM.

ético y racional. Iniciaron su evolución declarando la guerra de las fuerzas estudiantiles democráticas y hostilizándolas a través, primero, de ataques verbales virulentos y, más tarde, de agresiones físicas de toda índole que incluyeron, a la postre, el asesinato. Poco a poco fueron creando un clima de terror en los espacios universitarios: por medio de la violencia "los enfermos" —que llegaron a integrar un grupo de dos o tres centenares de estudiantes, la mayoría alumnos de preparatoria, y elementos lumpen no estudiantes— ejercieron un control tácito sobre la institución. Hacia septiembre de 1972, lanzaron la teoría de que la universidad era una fábrica y concluían proponiendo su destrucción.[14] La tarea de los estudiantes, a quienes se identificaba como "proletarios", era según ellos: "la lucha por la apropiación, destrucción del capital en el seno del proceso universitario, lo que se expresa en la apropiación de los recursos que proporciona la universidad para la lucha universitaria (conocimientos, materiales, edificios, etcétera) y en el ejercicio de las acciones y de las formas de lucha que obstaculizan y paralizan la reproducción del capital en este proceso, esto es, el ejercicio de huelgas, paros, etc., tanto con el objetivo explícito (interno) de golpear al capital (aunque sea mínimamente), como en el sometimiento de estas acciones a la lucha general del proletariado". Pasando de la teoría a los hechos, esa pandilla delirante se dedicó a sabotear por la violencia el funcionamiento académico de la universidad; agredían, amenazaban y golpeaban a maestros y alumnos; destruían bienes de la institución (escritorios, pizarrones, microscopios, etc.); saboteaban clases

[14] La teoría en cuestión no es sino una aberración conceptual y el que haya encontrado adeptos es elocuente testimonio del atraso político del movimiento estudiantil.

con bombas de agua y agresiones de otra índole; extorsionaban a autoridades; "expropiaban" dinero de la caja universitaria, etc. En menos de un año la universidad quedó, efectivamente, destruida. En sus espacios había desaparecido todo rastro de organización y trabajo académico consistente: la actividad docente se había reducido al mínimo con una pequeña planta de maestros que realizaban su (heroica) labor en medio de un hostigamiento incesante que incluía un bombardeo sistemático de adjetivos injuriantes y golpizas de las cuales no se escapaban ni las mujeres. El espacio escolar adquirió rasgos inéditos con una atmósfera sórdida en donde había desaparecido el orden, el respeto interpersonal y en donde la violencia y el temor ejercían su imperio absoluto. Asimismo, los "enfermos" realizaron entre 1972 y 1974 acciones extrauniversitarias cuyo sentido fue apoyar determinadas luchas populares a través de actos vandálicos y motinescos como ataques a comercios y edificios públicos. En todos estos casos la acción de los enfermos aspiraba a generar el enfrentamiento físico bajo el supuesto absurdo de que de un momento a otro estallaría una insurrección popular que daría cuenta, en forma definitiva, con el régimen capitalista. En mayo de 1973 el país se enteró de la existencia de este fenómeno aberrante de violencia e irracionalidad por el asesinato infame del estudiante Carlos Guevara Reynaga. Este crimen despertó enorme indignación en los círculos académicos de todo México y fue un primer toque de atención sobre el cáncer del radicalismo que comenzaba a corroer seriamente a las universidades. Pero el fenómeno del radicalismo sinaloense se prolongó por más tiempo. No fue sino a partir de enero de 1974, después de una intentona insurreccional abortada, que las autoridades se deci-

dieron a combatir en forma sistemática a esta horda fanática y lumpenesca cuya historia fue para Sinaloa y los universitarios sinaloenses, una noche de oscurantismo y barbarie.

No está dentro de los propósitos de este trabajo dar cuenta de todas las luchas estudiantiles del período. Bástenos señalar que entre 1971 y 1977 no hubo centros de estudios superiores en el país que no fueran sacudidos por conflictos estudiantiles preñados, en mayor o menor medida, de radicalismo. En 1973 estalló en la Universidad de Sonora un movimiento democrático que se proponía transformar las estructuras de gobierno de la universidad, el cual, después de un triunfo inicial, fue duramente reprimido y se impuso en la institución un régimen autoritario que habría de prolongarse durante diez años.[15]

Una lucha violenta contra el control autoritario de la Federación de Estudiantes de Guadalajara se inició en 1970 al crearse el Frente Estudiantil Revolucionario que recibió inicialmente el estímulo del grupo político de la familia Zuno y la colaboración de una pandilla de barrio denominada "los Vikingos". Desde un principio la lucha del FER tomó una forma violenta y derivó en recurrentes enfrentamientos armados que contribuyeron a crear en la capital de Jalisco un clima de terror sin precedente. Finalmente, el FER derivó francamente hacia la lucha guerrillera y abandonó del todo el terreno específicamente político.[16]

[15] J. Castrejón Díez y Marisol Pérez Lizaur, *Historia de las universidades estatales*, México, SEP, 1976, pp. 168-169. Véase también *Punto Crítico*, núm. 24, enero de 1974.

[16] Sobre el FER véase A. Martínez Nateras, *op. cit.*, pp. 146-157. Con el apoyo de las autoridades locales, la FEG conservó su hegemonía. Desde 1975, sin embargo, esta organización estudiantil —una de las más antiguas— comenzó a modificar sustancialmente sus procedimientos y avanzar

En Nayarit, en 1974, se inició una de las experiencias de reforma universitaria más audaces que se hayan lanzado en la historia contemporánea de México y en la cual el estudiantado participó como fuerza de apoyo. Las contradicciones internas generadas por la irrupción del sindicalismo universitario, los ataques de la burguesía y gobierno locales, las limitaciones y equívocos del propio proyecto de reforma, todos estos factores se reunieron para que desembocara en un fracaso. Al final, en 1977, se desató contra la universidad nayarita una ofensiva violenta que produjo la expulsión de las autoridades progresistas y el establecimiento de una administración conservadora.[17]

En la Escuela Nacional de Agricultura (Chapingo) se inició hacia 1972 un movimiento izquierdista que habría de llevar a la escuela a una de las crisis más graves de su historia: la retórica asambleísta, el doctrinarismo manualesco, la demagogia ultraizquierdista, impulsaron la división interna y las pugnas entre antiguos compañeros. Durante años la atmósfera interna fue de rencor y violencia, llegándose al extremo de que ocurrieran batallas campales como la de marzo de 1976. Como consecuencia, la fuerza política que había detentado la escuela en otros tiempos se perdió y la vida académica sufrió daños irreparables.[18]

En la Universidad de Guerrero, los estudiantes lle-

en una línea de renovación política, desechando cada vez más el recurso de la coerción y apelando crecientemente a la negociación política. El viraje político en la FEG se dio bajo la guía, según parece, del dirigente Raúl Padilla.

17 La experiencia de la UAN se expone en Bertha Salinas Amezcua, "Una alternativa de la universidad tradicional: la experiencia de la Universidad Autónoma de Nayarit", *Revista del* CEE, vol. 7, núm. 2, 1977, pp. 105-113.

18 Fidel Márquez S., *La problemática académica y política de Chapingo*, Lecturas núm. 13, Universidad Autónoma de Chapingo, 1983.

varon a la rectoría en 1972 a un hombre progresista, Rosalío Wences, y lanzaron el proyecto de "Universidad Pueblo". Se inició así una época de creciente participación de la institución en la vida política del estado y de desarrollo de posiciones radicales y populistas dentro del movimiento estudiantil, fenómeno, este último, íntimamente ligado al impacto que dentro de la universidad produjo la lucha guerrillera rural que surgió de la antigua Asociación Cívica Guerrerense que dirigió el profesor Genaro Vázquez. El proyecto Universidad Pueblo cristalizó, sobre todo, en una política de ampliación de la oferta de estudios universitarios mediante la creación de múltiples escuelas preparatorias en el campo, de forma que los hijos del pueblo pudieran acceder a ellas, y por otro lado, en el aspecto curricular, los estudios de marxismo adquirieron relieve. Asimismo, la universidad amplió los servicios (bufete jurídico, asistencia médica, etc.) que ofrecía a la población. En diez años, esta experiencia evolucionó sujeta a numerosos enfrentamientos políticos con las autoridades municipales y estatales en los cuales los dirigentes de la institución mantuvieron, invariablemente, una postura beligerante ante el estado. La universidad ha vivido así en una permanente tensión política con el exterior.[19]

Finalmente, en Oaxaca, en 1975, se inició un movimiento estudiantil que demandó la destitución del rector y la expedición de una ley orgánica democrática para la universidad; el movimiento consiguió satisfacción en el primer punto. En julio del año siguiente

19 Sobre el movimiento estudiantil en Guerrero, véase Octaviano Santiago D., *op. cit.*, Los planteamientos de la "Universidad Pueblo" se hallan en Rosalío Wences R., *La universidad en la historia de México*, México, Editorial Línea, 1984, p. 197.

estalló un nuevo conflicto entre los estudiantes y el gobierno estatal alrededor del nombramiento de nuevo rector y se desencadenó una ola de enfrentamientos que incluyeron asesinatos y fusiladas como la que ocurrió en Juchitán en donde se acribilló a campesinos y estudiantes. El estudiantado logró un triunfo en 1976 al llevar a la rectoría al doctor Felipe Martínez Soriano, pero éste, al poco tiempo, se declaró partidario de la extrema izquierda y aplicó una política de hostilidades contra las fuerzas democráticas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. Se abrió entonces una brecha política *dentro* de la universidad. A partir de ese momento se desencadenó una guerra intestina que incluyó campañas de prensa, injurias y acusaciones mutuas, agresiones físicas, etc. Se llegó, incluso, al asesinato.[20] Finalmente en los últimos días de 1977 el ejército se apoderó de los recintos universitarios, situación que fue seguida por una decisión de las autoridades oaxaqueñas de promover una nueva elección de rector. Finalmente, lograron imponer una personalidad oficialista y a partir de ese momento se inició una cacería de brujas que culminaría con la expulsión tácita de todas las fuerzas de izquierda de la universidad. Se abrió a partir de entonces un largo período de estabilidad interna.

[20] Ramón Cárdenas, "Oaxaca, aprender de la experiencia", en *Nueva Universidad*, núm. 4, febrero de 1978, p. 10.

8. LA EMERGENCIA DEL SINDICALISMO

Hacia mediados de la década comenzó a advertirse una metamorfosis en las universidades mexicanas: poco a poco la actividad política principal comenzó a desplazarse del movimiento estudiantil propiamente dicho hacia el movimiento sindical. Desde 1973 las luchas de los sindicatos universitarios se multiplicaron mientras que las intervenciones autónomas de los estudiantes fueron disminuyendo aceleradamente. A fines de la década podía afirmarse que el movimiento estudiantil mexicano, en cuanto tal, había colapsado: sólo se registraban expresiones primarias y mínimas de descontento entre estudiantes. La escena universitaria, mientras tanto, había sido ocupada por el sindicalismo. De hecho, en esta nueva etapa los estudiantes activistas ocuparon buena parte de sus energías en apoyar las luchas sindicales de los trabajadores universitarios.

Diversas condiciones históricas convergieron para hacer posible la irrupción exitosa del sindicalismo universitario[1] y una de ellas, de alta relevancia, fue el ambiente políticamente favorable que contribuyó a crear el movimiento estudiantil a partir de 1968. El sindicalismo universitario se construyó sobre la premisa simple de hacer efectivos los derechos laborales en el ámbito universitario. Este principio general había movilizado a lo largo de varias décadas a grupos de tra-

[1] Véase "Sindicalismo y poder universitario", en Gilberto Guevara Niebla, *El saber y el poder*, México, UAS, 1983, p. 205.